LOS CUATRO LIBROS DE LOS *DIÁLOGOS* DE SAN GREGORIO MAGNO (540-604)

LIBRO SEGUNDO

"LA VIDA DEL VENERABLE VARÓN DE DIOS BENITO"[1]

Introducción

Tal como fue dicho en el volumen anterior, seguimos presentando este año los cuatro libros de *Los Diálogos* de san Gregorio Magno. El segundo Libro, que presentamos aquí, está enteramente dedicado a san Benito de Nursia. Mientras que en los otros libros san Gregorio agrupa santos monjes, obispos y también seglares, en el Libro II, el Papa Gregorio presenta únicamente a san Benito, dejando ver con ello la importancia que le asigna a san Benito en esta historia de la Iglesia de Italia del siglo VI. También pudimos señalar de qué manera san Gregorio se siente reflejado en la vida del Patriarca de los monjes de Occidente.

Nuestra revista ha consagrado muchos trabajos y estudios a la presentación de la vida de san Benito hecha por el Papa Gregorio Magno. El más importante y sistemático ha sido el del P. Adalbert de Vogüé, publicado originalmente en la revista *Écoute* de su monasterio[2]. Creemos, por eso, que los lectores de nuestra revista pueden encontrar

[1] Introducción y notas del P. Abad Fernando Rivas osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina). Traducción de la Hna. Ana María Santángelo (Abadía de Santa Escolástica, Victoria, Buenos Aires, Argentina).

[2] En *CuadMon* 55 (1980) 407-424; 56 (1981) 3-11; 57 (1981) 139-158; 58 (1981) 303-324; 59 (1981) 389-414; 1982 (15-25).

todo ese material, presente de un modo muy accesible en la edición del CD que contiene todos los números, y por lo tanto no vamos a repetirlo aquí. Nos dedicaremos entonces a resaltar aquellos puntos que creemos más importantes y que de algún modo anunciamos en el número anterior, es decir, de qué manera Gregorio hace presente en la vida de san Benito el misterio eucarístico, verdadero eje de los libros de los Diálogos.

1. El punto de referencia eucarístico

En la introducción al I Libro de los *Diálogos* nos hemos referido a un artículo del P. Adalbert de Vogüé[3], aparecido después de la edición crítica que él mismo hizo de esta obra en la colección *Sources Chrétiennes* en la que el autor ponía de manifiesto el punto de vista eucarístico con que está armada y estructurada esta obra de Gregorio Magno. En efecto, el Libro I comienza con una evocación nostálgica del Papa a su vida en el monasterio, en el que encontraba las delicias del Paraíso. El Libro IV termina con una presentación de la Eucaristía diaria como el lugar de encuentro, para el Papa Gregorio, de ese Paraíso perdido desde que asumió la laboriosa carga del papado.

Sin embargo el primer cometido es el de aclarar qué es lo que entiende el Papa Gregorio por Eucaristía y, por eso mismo, qué aporta a la vida de todo cristiano y todo monje. Citamos sus propias palabras:

Pensemos, por eso, cuál debe ser para nosotros este sacrificio que, para nuestra absolución, siempre imita la Pasión del Hijo unigénito. Porque, ¿quién de entre los fieles puede dudar de que a la hora precisa de la inmolación, a la voz del sacerdote, se abren los cielos, están presentes en el misterio de Jesucristo los coros de los ángeles, se une lo ínfimo con lo supremo, se junta lo terreno con lo celestial, y se funden en uno lo visible y lo invisible?

Con estas palabras conclusivas del IV Libro de los *Diálogos*[4] el Papa Gregorio hace manifiesto en toda su plenitud el misterio Eucarístico, con el cual el cristiano debe conformar su vida, siguiendo

[3] "Eucharistie et vie monastique", en *Coll. Cist*. 48 (1986) 120-130.

[4] LX, 3.

[5] "Eucharistie et vie monastique", en *Coll. Cist*. 48 (1986) 126.

el principio señalado por él mismo: *"imita lo que realizas"*[5]. Y ¿de qué modo?. El P. de Vogüé señala:

Sin embargo no basta cumplir la acción litúrgica. Ésta, para obtener su efecto de gracia, debe estar acompañada de un triple esfuerzo: en primer lugar quien ofrece la víctima eucarística debe ofrecerse él mismo en sacrificio, "imitando lo que realiza"; luego debe esforzarse por guardar continuamente en el corazón, después de la liturgia, la compunción con la cual ha celebrado ésta; finalmente debe perdonar a todos aquellos que lo han ofendido, condición "sine qua non" del perdón que él mismo desea obtener para si mismo[6].

Estos tres aspectos: ofrecerse a sí mismo como sacrificio; las lágrimas de la oración y el perdón de los pecados son los elementos que el Papa Gregorio va a resaltar a lo largo de este Segundo Libro de los *Diálogos*, como características de la vida de san Benito de Nursia. Veamos cada uno de ellos.

2. La vida monástica como "sacrificio" espiritual de sí mismo

Siguiendo el hilo fundamental de la caracterización de sus santos, Gregorio encuentra en san Benito la realización de las Escrituras. En él parecen revivir los grandes hombres del Antiguo Testamento:

Lo que cuentas es admirable y totalmente asombroso. Pues el agua que manó de la piedra, recuerda a Moisés (cf. *Nm* 20, 7ss), *el hierro que volvió desde lo profundo del agua, a Eliseo* (cf. *2 R* 6, 5ss), *el caminar sobre las aguas, a Pedro* (cf. *Mt* 14, 28ss), *la obediencia del cuervo, a Elías* (cf. *1 R* 17, 4ss), *y el llanto por la muerte del enemigo, a David* (cf. *2 S* 1, 11ss). *Por lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos*[7].

Sin embargo la realidad más perfecta del Antiguo Testamento es la ofrenda que los israelitas hacían a Dios en el Templo: los sacrificios y holocaustos. Por eso, siguiendo la lógica de la *lectio* espiritual de las Escrituras, Gregorio considera la vida monástica entera como la

[6] LXI, 1.

[7] *II Dial.* VIII,8.

[8] *Colación* XXI, Sobre el descanso de Pentecostés.

ofrenda del verdadero holocausto cultual: la ofrenda plena de sí. Ya Casiano[8] había hecho esta presentación de la vida monástica como una ofrenda litúrgica, sin embargo el primer esbozo de esta enseñanza la hizo el mismo abad Antonio en sus *Cartas*[9]. En el mundo griego fue Doroteo de Gaza[10] quien más la desarrolló, siguiendo las enseñanzas de sus Padres, Barsanufio y Juan. Por eso lo más interesante es ver en qué insiste cada uno de estos autores y cómo considera que en la vida del monje se realiza dicha oblación eucarística, que hace plena las ofrendas del Antiguo Testamento.

En las *Homilías sobre Ezequiel* decía Gregorio[11]:

Es necesario saber que hay una diferencia entre el sacrificio y el holocausto. Todo holocausto es un sacrificio, pero no todo sacrificio es un holocausto. En un sacrificio se acostumbra ofrecer una parte del animal; en el holocausto en cambio, el animal entero. La palabra holocausto se traduce en latín por "incensum" (totalmente quemado). Ahora preguntémonos qué es sacrificio y qué es holocausto. Cuando un hombre ofrece a Dios alguno de sus bienes y no todos, se dice entonces que hay "sacrificio". Cuando ofrece a Dios todopoderoso todo lo que tiene, todo lo que vive, todo lo que gusta, entonces hay holocausto...

Aquél que abandona el mundo presente y hace el bien que puede, ofrece un sacrificio en el desierto, como si hubiese dejado Egipto: ha dejado la presión de los deseos carnales, y es en la tranquilidad y en la soledad que su alma inmola a Dios toda obra que hace. Pero aunque el holocausto, tal como ha sido dicho, es un sacrificio, sin embargo es más que un sacrificio, pues para el alma que no se ve más sojuzgada por el amor de este mundo, todo lo que posee es consumido en sacrificio a Dios omnipotente.

De este modo el retiro a la soledad para vivir sólo ante el divino Espectador es para Gregorio ofrecerse a sí mismo como un holocausto. Y ese fue el paso primero de san Benito de Nursia. La vida del que se retira a la soledad parece perdida, desperdiciada, quemada (como el *"incensum"*). Sin embargo lo que se está dando es la ofrenda agrada-

[9] Las dos grandes *Cartas* 2 y 6 desarrollan este tema dentro del contexto pascual de la ofrenda de Cristo. Las dos son casi idénticas.

[10] *Conferencia XVI-XVII.*

[11] Libro II, Homilía VIII, 16.

ble a Dios que reemplaza las antiguas ofrendas de animales sin razón. Gregorio da a las palabras todo el peso de su riqueza y así considera la vida monástica como un "sacrificio" ofrecido a Dios en el cual se realiza lo que sucede en el Misterio eucarístico que es el sacrificio ofrecido por Cristo.

El P. de Vogüé es más preciso y señala que en el capítulo II de la Vida de san Benito, el santo es presentado "sacrificando la fecundidad de la carne"[12] al renunciar plenamente a la vida conyugal que le obsesionaba continuamente en la soledad del desierto. Detrás de ello está lo más elevado y pleno del ser del hombre: sus deseos. Y por eso con ese sacrificio se simboliza el sacrificio del "apetito concupiscible"[13]. Pero también, en el capítulo I sacrifica la vanagloria, al huir de la fama que le acarrea el milagro realizado, y que representa el "apetito racional", y finalmente, en el capítulo III, sacrifica el "irascible", al sosegar su alma ante aquellos monjes que quisieron darle muerte. Estas tres partes –el concupiscible, el irascible y el racional– constituyen en la tradición monástica las tres potencias del alma que estaban simbolizadas en los antiguos sacrificios y que constituyen el nuevo sacrificio espiritual del monje, que imita el sacrificio de Cristo en la Eucaristía. De este modo san Benito, con su vida, "imita" lo que se celebra sacramentalmente en la Eucaristía: ofreciendo el único sacrificio grato a Dios, es decir, a sí mismo.

3. El sacrifico eucarístico y las lágrimas

En segundo lugar Gregorio señalaba que el modo de realizar en sí mismo lo que en la celebración eucarística se simboliza era por medio de las lágrimas. Quien lea entero el Segundo Libro de los *Diálogos*[14], como también la Regla de San Benito (C. 20; C. 52), encontrará continuamente presente la oración hecha con lágrimas. Ella encierra, para Gregorio, el misterio eucarístico de Cristo. Veamos otro pasaje de las

[12] "Benoît, modèle de vie spirituelle", en *Saint Benoît, sa vie et sa Règle*, Bellefontaine 1981, 152.

[13] *Id.*

[14] San Gregorio desarrollará de modo extenso la doctrina de la compunción en las *Morales sobre el Libro de Job.* En I, XXIII,41 presenta la compunción como un verdadero ejercicio espiritual que consta de 5 etapas y que es una dimensión fundamental de toda vida cristiana pues revela el despertar de la sensibilidad espiritual dormida por el pecado.

[15] Libro II, Homilía VIII, 17.

Homilías sobre Ezequiel en el cual Gregorio presenta las lágrimas en la misma línea del sacrificio ofrecido por el monje a Dios[15]*:*

Es necesario saber también esto: hay hombres que, dejando el mundo, ofrecen todo lo que tienen, pero aunque obren el bien no tienen compunción. El bien que hacen es un holocausto, sólo que como no saben llorar y acusarse a sí mismos, y como no se excitan a las lágrimas por amor, su holocausto no es perfecto. Así dice el Salmista: "Que le agraden tus sacrificios, y que tu holocausto sea graso" (Sal 19,4). Un holocausto seco, eso es la obra del hombre que no es regada por sus lágrimas... El hombre que hace una obra buena, pero no sabe llorar por el amor y por el deseo de Dios omnipotente, ese hombre ofrece un holocausto, pero no tiene grasa adentro.

Puede parecer extraña esta relación de la compunción con la Eucaristía, pero es prácticamente central en la concepción de Gregorio y es así como él presenta al gran personaje del Segundo Libro de los *Diálogos*. Al terminar los libros de los *Diálogos*, refiriéndose a la Eucaristía, dirá:

Pero es necesario, cuando hacemos esto, que nos inmolemos a nosotros mismos a Dios mediante la contrición del corazón, porque cuando celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos. Entonces será una verdadera hostia ofrecida a Dios por nosotros, si hace de nosotros mismos una hostia.

Pero tenemos que esforzarnos, también después de los tiempos de la oración, por mantener el espíritu en su gravedad y en su vigor, en cuanto podemos hacerlo con la gracia de Dios, no sea que pensamientos fluctuantes lo debiliten, que una ligereza insensata se deslice dentro del alma, y que ésta pierda el mérito de la compunción por la negligencia de esos pensamientos fluctuantes. Fue así como Ana mereció obtener lo que había solicitado, ya que después de las lágrimas perseveró en la misma atención vigorosa. En efecto, de ella está escrito: "Su rostro ya no adquirió expresiones diversas ni cambió en adelante" (*1 S* 1, 18). *Por no haberse olvidado de lo que había solicitado, no fue privada del don implorado*[16].

Es de este modo como san Gregorio, entre tantos episodios,

[16] IV Libro de los *Diálogos* LXI, 1-2.

presenta a san Benito ofreciendo en la oración con lágrimas su mismo monasterio, que será destruido e incendiado por los godos después de su muerte:

Cierto hombre noble, llamado Teoprobo, que había sido convertido por las exhortaciones del Padre Benito, gozaba por su vida virtuosa de plena confianza y familiaridad con él. Un día que entró en la celda de Benito, lo encontró llorando amargamente. Esperó un largo rato y al ver que sus lágrimas no cesaban y que el hombre de Dios no lloraba como habitualmente lo hacía al rezar, sino con aflicción, le preguntó cuál era el motivo de dolor tan grande. El hombre de Dios le contestó en seguida: "Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos, va a ser entregado a los bárbaros por disposición de Dios omnipotente. Apenas si he podido conseguir que se me conservaran las vidas de los monjes de este lugar"[17].

Las lágrimas de san Benito son testimonio del verdadero sacrificio que está ofreciendo a Dios y de la intensidad del mismo: la obra a la cual había dedicado los mejores años de su vida en servicio a Dios. La *Carta a los Hebreos* presenta del mismo modo el sacrificio ofrecido por Cristo, que lo constituye en verdadero sacerdote de Dios:

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente,[8] *y aún siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia;*[9] *y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen,*[10] *proclamado por Dios sumo sacerdote a la manera de Melquisedec* (*Hb* 5, 8-10).

4. El sacrificio eucarístico y el perdón de los pecados.

Finalmente Gregorio señala el perdón de los pecados ajenos como garantía del perdón que se recibe en el sacrificio eucarístico, donde la Sangre de Cristo se derrama "para el perdón de los pecados". En la misma conclusión de los *Diálogos* decía:

Pero también hay que saber que para pedir correctamente el perdón de una falta, se debe perdonar primero los delitos cometidos por los otros

[17] Capítulo XVII.

contra uno mismo. Porque no se acepta un don, a menos que se rechace del alma previamente la discordia, tal como lo ha dicho la Verdad: "Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda" (*Mt* 5,23s). *En consecuencia hay que pensar, que si toda falta es disculpada gracias a una ofrenda, qué grave debe ser la falta de discordia, que torna inaceptable toda ofrenda. Por eso debemos acercarnos mentalmente al prójimo, aunque esté muy lejos y muy separado de nosotros, y someterle nuestro espíritu y aplacarlo con humildad y benevolencia, para que así nuestro Creador vea la buena disposición de nuestro espíritu, y al recibir así la ofrenda por la falta, nos absuelva del pecado*[18].

Este acercamiento teológico y espiritual entre la ofrenda y el perdón responden a la perspectiva más pura del *Sermón de la Montaña* (*Mt* 5,23 ss.). El mismo diácono Pedro, en el pasaje arriba citado, resalta cómo san Benito, como David, perdonó, pero también lloró, el pecado de su mismo perseguidor. Aquél que es perdonado en el sacramento eucarístico no puede dejar de perdonar a sus propios deudores, tal como es presentado san Benito en este Segundo Libro de los *Diálogos*. El Papa Gregorio relaciona de un modo muy particular la Eucaristía con el perdón, señalando su eficacia incluso después de la muerte. Esta doctrina es la que llevó a la concepción de las "Misas gregorianas", para pedir el perdón de los pecados de un difunto. Es más, en el capítulo 23 san Benito obtiene el perdón y el retorno a la comunión de dos religiosas difuntas de cuyo pecado no se habían corregido en vida. Sin embargo para el Papa Gregorio sigue siendo el dinamismo del perdón por las ofensas sufridas el que mejor realiza e imita lo que en la Eucaristía se celebra.

Finalmente cabe decir que estos tres aspectos forman una sola realidad con el Misterio eucarístico. Ellos son tres aspectos de la misma disposición fundamental con la que el monje sigue ofreciendo en su vida el sacrificio de alabanza que Cristo, con su Cruz y Resurrección inauguró:

Así pues mientras tenemos tiempo y podemos alcanzar el perdón, y mientras el juez tiene paciencia y el que examina las culpas aguarda nuestra conversión, ablandemos con lágrimas la dureza de nuestro corazón, suscitemos en nosotros sentimientos de bondad para con el prójimo. Entonces

[18] IV Libro de los *Diálogos* LXII,1.

[19] *Id.*, 3.

digo con toda certeza que después de la muerte no nos hará falta la hostia salvífica, porque ya antes de la muerte hemos sido nosotros mismos una hostia para Dios[19].

TEXTO

LIBRO SEGUNDO

VIDA Y MILAGROS DEL VENERABLE ABAD BENITO (480-547)

Introducción[20]

Hubo un hombre de vida venerable, bendito por gracia y por nombre Benito, que desde su más tierna infancia tuvo la prudencia de un anciano. Adelantándose a su edad por sus costumbres, no entregó su espíritu a ningún placer sensual, sino que en esta tierra en la que por un tiempo hubiera podido gozar libremente, despreció, como ya marchito, el mundo con sus atractivos.

Nacido de una familia libre[21] de la región de Nursia[22], fue enviado a Roma para estudiar las ciencias liberales. Pero al ver que en este estudio muchos se dejaban arrastrar por la pendiente de los vicios,

---

[20] Capítulos I-III: Siguiendo la tradición hagiográfica patrística, Benito va a ser equiparado a los grandes personajes del Antiguo Testamento y del Nuevo (cf. VIII,8). Sin embargo, tal como lo presenta el P. Adalbert de Vogüé en lo que puede considerarse su último estudio al respecto, el verdadero modelo que sigue Gregorio para presentar a su héroe, san Benito, es Cristo mismo. En estos primeros tres capítulos Benito se va al desierto para ser tentado por el Maligno, tal como los Evangelios dan comienzo a la vida pública de Cristo. Cristo es quien se enfrenta al *spiritus immundus;* Cristo se retira al desierto *(abiit in desertum locum);* las tentaciones de Cristo terminan *(consummata omni temptatione)* como las de Benito y finalmente Cristo, según san Lucas, "crecía en sabiduría y en edad" (*proficiebat sapientia et aetate)*, tal como Gregorio repite varias veces acerca de san Benito que, por sus costumbres, siendo joven, tenía ya la sabiduría de un anciano (cf. *Benedikt von Nursia,* en *Teologische Realenzyklopädie* 5, 538-546).

[21] La expresión *liberiore genere* designa las familias que viven en la ciudad, no de condición campesina.

[22] Se habla de la "región" de Nursia, en los confines de la Sabina, al norte de Roma. La ciudad de Nursia se encuentra a 100 kms. al noreste de Roma y a 30 kms. de Spoleto.

retiró el pie que casi había puesto en el umbral del mundo, temiendo que, al adquirir un poco de su ciencia, también él fuera a caer por completo en un precipicio sin fondo. Abandonó por eso los estudios de las letras y dejó la casa y los bienes de su padre y deseando agradar sólo a Dios, buscó la observancia de una vida santa. Así se retiró, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto.

2. No pude averiguar todos los detalles de su vida[23], pero lo poco que voy a narrar, lo sé por referencia de cuatro de sus discípulos: Constantino, un hombre del todo respetable que le sucedió en el gobierno del monasterio; Valentiniano, que durante muchos años dirigió el monasterio de Letrán; Simplicio, que fue el tercer superior de su comunidad; y Honorato, que aún actualmente gobierna el monasterio en el que había ingresado.

I. El tamiz roto y reparado

Cuando, después de haber abandonado los estudios de las letras, decidió retirarse al desierto, le siguió sólo su nodriza que lo amaba entrañablemente. Llegaron a un lugar llamado Enfide[24] donde se detuvieron, invitados por la caridad de muchas personas honradas, y se establecieron junto a la iglesia de san Pedro. La nodriza de Benito pidió prestado a las vecinas un tamiz para limpiar trigo; lo dejó incautamente sobre una mesa, y por accidente se cayó y se partió en dos. En cuanto la nodriza volvió y lo encontró así, empezó a llorar desconsoladamente al ver roto el utensilio que había pedido prestado.

2. Pero Benito, joven piadoso y compasivo, viendo a su nodriza anegada en lágrimas, se compadeció de su dolor. Llevó consigo los dos pedazos del tamiz roto y se entregó a la oración con lágrimas. Al levantarse de la oración, encontró a su lado el tamiz tan intacto que

[23] Gregorio es muy claro: va a tratar de hechos históricos bien conocidos por sus contemporáneos. Más allá de relatos con un alto valor simbólico, lo sustancial del relato se atiene a hechos de los cuales dan testimonio los mismos abades que sucedieron a Benito: Constantino, Simplicio, Honorato y el discípulo de Benito, Valentiniano, que vivió en la misma Roma. Se debe tener en cuenta que esta obra fue escrita a menos de cincuenta años de la muerte de Benito, por lo que todavía había testigos y recuerdos vivos.

[24] Hoy se llama Affile, a unos 9 kms. de Subiaco.

hubiera sido imposible notar en él la menor señal de rotura. En seguida consoló cariñosamente a su nodriza y le devolvió entero el tamiz que se había llevado roto.

Toda la gente del lugar se enteró del hecho, y fue tan grande su admiración que los habitantes del pueblo colgaron el tamiz en el pórtico de la iglesia, para que todos los presentes y sus descendientes pudieran conocer con cuánta perfección el joven Benito había comenzado su vida religiosa. El tamiz quedó expuesto allí a la vista de todos durante muchos años, y hasta estos tiempos de los Longobardos estuvo colgado sobre la puerta de la iglesia.

3. Pero Benito prefería sufrir las injurias del mundo a recibir sus alabanzas, y agobiarse de trabajos por Dios antes que envanecerse por los halagos de esta vida. Huyó pues a escondidas de su nodriza y se dirigió hacia la soledad de un lugar desierto llamado Subiaco[25], que dista de la ciudad de Roma unas cuarenta millas. Allí manan aguas frescas y trasparentes en tal abundancia, que primero se juntan en un extenso lago y luego se deslizan formando un río.

4. De camino, el fugitivo fue descubierto por un monje llamado Román quien le preguntó adónde iba. Al enterarse de sus aspiraciones, guardó su secreto y le prestó su ayuda; le dio el hábito de la vida monástica y lo asistió en la medida de lo posible.

Al llegar al lugar deseado, el hombre de Dios se retiró a una cueva estrechísima, en la que permaneció durante tres años, ignorado de los hombres con excepción del monje Román.

5. Román vivía no lejos de allí, en un monasterio bajo la regla del abad Adeodato[26]; piadosamente sustraía algunas horas a la vigilancia de su abad, y en días convenidos llevaba a Benito el pan que podía quitar furtivamente de su comida. Pero desde el monasterio de Román no

[25] Sobre el margen derecho del Anio, a 75 kms. hacia el este de Roma.

[26] Hasta el siglo VIII era muy normal que cada abad de un monasterio tomase una regla anterior y, a su vez, redactase una propia. Bajo el reino de Carlomagno, al fin del siglo VIII, la “Regla de los Monjes” de san Benito será la única para todo el Reino franco. Ella gozaba del privilegio de ser de un abad “romano”, calificativo que se le asignaba a san Benito, cuyos monjes, pocos años después de su muerte, tuvieron que refugiarse en Roma ante el asedio de los godos, tal como se relata más adelante en el capítulo XVII.

había ningún camino hacia la cueva, porque encima de ella, en lo alto, sobresalía una enorme roca. Por eso Román, desde la misma roca, hacía bajar el pan atado a una cuerda larguísima, a la que había sujetado también una campanilla para que, a su sonido, el hombre de Dios se diera cuenta cuándo Román le pasaba el pan, y saliera a recogerlo. Mas el antiguo enemigo, envidioso de la caridad del uno y de la refección del otro, al observar un día el pan que bajaba, arrojó una piedra y rompió la campanilla. Sin embargo, Román no dejó de ayudar a Benito con medios adecuados.

6. Pero Dios omnipotente quiso que Román descansara ya de su tarea, y que la vida de Benito se diera a conocer como ejemplo a los hombres, a fin de que la luz puesta sobre el candelero resplandeciera e iluminara a todos los que están en la casa. Cierto presbítero que vivía lejos de allí, había preparado su comida para la fiesta de Pascua. El Señor se le apareció en una visión y le dijo: "Tú te estás preparando manjares deliciosos, y en tal lugar mi siervo se ve atormentado por el hambre". En seguida el presbítero se levantó, y en la misma solemnidad de Pascua, se puso en marcha hacia aquel lugar con los alimentos que se había preparado. Buscando al hombre de Dios a través de montañas escarpadas, valles profundos y de las hondonadas de aquellas tierras, lo encontró escondido en la cueva.

7. Rezaron juntos y bendijeron al Señor omnipotente, se sentaron y después de agradables coloquios sobre la vida eterna, el presbítero que había ido le dijo: "Levántate y comamos, porque hoy es Pascua". El hombre de Dios le respondió: "Sé que es Pascua, porque he merecido verte". Es que, viviendo alejado de los hombres, ignoraba que aquel día era la solemnidad de la Pascua. El venerable presbítero siguió insistiendo: "Ciertamente, hoy es el día pascual de la resurrección del Señor. De ninguna manera te conviene seguir ayunando, ya que he sido enviado con el fin de que juntos comamos los dones del Señor omnipotente". Bendiciendo entonces a Dios, tomaron el alimento. Y así, terminada la comida y la conversación, el presbítero regresó a su iglesia.

8. Por aquel entonces, unos pastores también lo encontraron escondido en la cueva. Viéndolo por entre los arbustos y vestido con pieles, creyeron que era algún animal. Pero al conocer más de cerca al servidor de Dios, los instintos feroces de muchos de ellos se convirtieron a la virtud de la piedad. Así, su nombre se difundió por los alrede-

dores y él, ya desde entonces, empezó a ser frecuentado por muchos. Ellos le llevaban el sustento del cuerpo, y de su boca recibían en su corazón alimentos de vida.

II. La victoria sobre una tentación de la carne

Un día en que estaba solo, se presentó el tentador. Una avecilla negra, vulgarmente llamada mirlo, comenzó a revolotear en torno de su cara y a acercársele importunamente, tanto que el hombre santo, si hubiera querido, hubiera podido agarrarla con su mano. Pero trazó la señal de la cruz, y el ave se alejó. En cuanto el ave se fue, le siguió una tentación de la carne tan violenta, como el hombre santo nunca la había experimentado. Algún tiempo antes, había visto a una mujer que ahora el espíritu maligno volvió a presentar ante los ojos de su mente, y de tal modo su hermosura inflamó el corazón del siervo de Dios, que apenas podía contener en su pecho la llama del amor. Y vencido por la voluptuosidad, ya estaba casi decidido a abandonar el desierto.

2. Pero iluminado súbitamente por la gracia de lo alto, volvió en sí, y divisando muy cerca un matorral de ortigas y espinas, se quitó la ropa y se arrojó desnudo en esas espinas punzantes y ortigas ardientes. Después de haberse revolcado allí durante mucho tiempo, salió con todo el cuerpo lacerado. Así, por las heridas del cuerpo curó la herida del alma, transformando el placer en dolor. Al abrasarse en el exterior por un castigo beneficioso, extinguió lo que en su interior ardía ilícitamente. De este modo venció el pecado, al cambiar la naturaleza del incendio.

3. Desde entonces, según él mismo contaría luego a sus discípulos, la tentación de la voluptuosidad quedó dominada en él de tal manera que nunca más volvió a experimentar en sí nada semejante. En lo sucesivo, muchos empezaron a abandonar el mundo y se apresuraron a ponerse bajo su dirección. Libre del mal de la tentación, con razón pudo hacerse maestro de virtudes. A este respecto, Moisés había ordenado que los levitas debían prestar el servicio a partir de los veinticinco años en adelante, y que a partir de los cincuenta fueran custodios de los vasos sagrados (cf. *Nm* 8, 24ss).

4. PEDRO: Ciertamente, de algún modo llego a entrever el sentido del pasaje aducido; pero te ruego que me lo expongas más claramente.

GREGORIO: Es evidente, Pedro, que en la juventud la tentación de la carne es más abrasadora, pero que a partir de los cincuenta años el ardor del cuerpo se apacigua. Los vasos sagrados son, a su vez, las almas de los fieles. Conviene por consiguiente que los elegidos, mientras están sujetos a la tentación, estén sometidos a un servicio, fatigándose en obediencias y trabajos. Mas cuando por la edad, su espíritu se apacigua y se aleja el calor de la tentación, entonces son custodios de los vasos sagrados, porque llegan a ser doctores de las almas.

5. PEDRO: Confieso que me agrada lo que dices. Y ya que me aclaraste el sentido de este texto, te ruego que continúes el relato de la vida de este justo.

III. Una vasija de cristal rota por el signo de la cruz

GREGORIO: Alejada entonces la tentación, el hombre de Dios, a la manera de un terreno cultivado y libre de espinas, produjo frutos más abundantes para la mies de las virtudes. A causa de la fama de su preclara santidad, su nombre se hizo célebre.

2. No lejos de allí existía un monasterio cuyo abad había fallecido, y toda su comunidad se dirigió al venerable Benito, pidiéndole insistentemente que fuera su superior[27]. Él, negándose, difirió su asentimiento durante mucho tiempo, diciéndoles de antemano que las costumbres de él y las de ellos no podrían coincidir. Pero vencido finalmente por sus reiteradas súplicas, dio su consentimiento.

3. Mas él velaba por la observancia de la vida regular del monasterio, no permitiendo a nadie desviarse –como lo habían hecho hasta entonces– por actos ilícitos del camino de perfección, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Los hermanos de quienes se había hecho cargo, insensatamente enfurecidos, empezaron a acusarse a sí mismos por haberle pedido que los gobernara, ya que su vida torcida estaba en pugna con aquella norma de rectitud. Dándose cuenta de que bajo su gobierno no se les permitirían cosas ilícitas, se dolieron de tener que renunciar a sus costumbres, y les pareció demasiado duro verse obliga-

[27] La posible ubicación de este monasterio es Vicovaro, y estaría en la margen opuesta del Anio.

dos a aceptar cosas nuevas con su espíritu envejecido. Puesto que la vida de los buenos resulta intolerable a los de costumbres depravadas, empezaron a tramar el modo de darle muerte.

4. Después de decidirlo en consejo, mezclaron veneno en el vino. Cuando según la costumbre del monasterio se le presentó al abad, sentado a la mesa, el vaso de cristal que contenía la bebida envenenada para que lo bendijera, Benito extendió la mano e hizo la señal de la cruz, y con ella el vaso que estaba a cierta distancia, se rompió, y a tal punto se hizo añicos como si a ese vaso de muerte en lugar de la señal de la cruz, le hubieran dado con una piedra. El hombre de Dios comprendió en seguida que el vaso había contenido una bebida de muerte, ya que no pudo soportar la señal de la vida. Al instante se levantó, y con rostro sereno y ánimo tranquilo convocó a los hermanos y les dijo: "¡Que Dios omnipotente tenga misericordia de ustedes, hermanos! ¿Por qué quisieron hacer esto conmigo? ¿Acaso no les dije de antemano que mis costumbres no eran compatibles con las de ustedes? Vayan y búsquense un Padre de acuerdo con sus costumbres, porque en adelante en modo alguno podrán contar conmigo".

5. Acto seguido, volvió al lugar de su amada soledad y solo, bajo la mirada del Espectador divino, habitó consigo.

PEDRO: No llego a entender del todo lo que quiere decir la expresión "habitó consigo".

GREGORIO: Si el hombre santo hubiera querido tener sometidos por más tiempo a quienes de común acuerdo conspiraban contra él y eran del todo diferentes en su modo de vivir, tal vez esto habría excedido la medida de sus fuerzas y él hubiera perdido la tranquilidad, apartando la mirada de su espíritu de la luz de la contemplación. Y fatigándose día tras día en la corrección de todos ellos, habría descuidado su interior, y tal vez se hubiera abandonado a sí mismo, sin encontrar a los demás. Porque, cada vez que por alguna preocupación excesiva salimos fuera de nosotros mismos, seguimos –es verdad– siendo nosotros, pero ya no estamos con nosotros, porque distraídos por otras cosas, nos perdemos de vista a nosotros mismos.

6. ¿Diremos acaso que vivía consigo aquel que partió a una región lejana, derrochó la herencia que había recibido, tuvo que contratarse con uno de los habitantes de allí y apacentar los cerdos, a los

que veía comer bellotas, mientras que a él lo consumía el hambre? Y sin embargo, cuando después empezó a pensar en los bienes que había perdido, la Escritura dice de él: *Vuelto en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia!"* (*Lc* 15, 11ss). Si estuvo consigo, ¿cómo volvió en sí?

7. Por eso quisiera decir que este hombre venerable habitó consigo, porque teniendo constantemente fija la atención en la vigilancia de sí mismo, mirándose siempre ante los ojos del Creador y examinándose sin cesar, no permitió que la mirada de su espíritu divagara por fuera.

8. PEDRO: En este caso, ¿cómo se explica lo que está escrito acerca del apóstol Pedro, cuando fue sacado de la cárcel por un ángel: *Volviendo en sí, dijo: "Ahora sé que realmente el Señor envió a su ángel y me libró de las manos de Herodes y de todo cuanto esperaba el pueblo judío"* (*Hch* 12, 11)?

9. GREGORIO: Hay dos maneras, Pedro, de salir fuera de nosotros mismos: o por culpa de los pensamientos caemos por debajo de nosotros, o por la gracia de la contemplación somos elevados por encima de nosotros. Así aquel que apacentó los cerdos, cayó por debajo de sí por la divagación del espíritu y la impureza. El otro en cambio, a quien el ángel libró arrebatando su espíritu en éxtasis, estuvo sin duda fuera de sí, mas por encima de sí mismo. Ambos, por lo tanto, volvieron en sí: el primero cuando, apartándose del error de su vida, volvió hacia la sensatez de su corazón, y el segundo, cuando volvió, desde las cumbres de la contemplación, a su primer y habitual estado de espíritu.

Por consiguiente, el venerable Benito habitó consigo en aquella soledad, en cuanto se mantuvo dentro de la clausura de su pensamiento. Pero cuantas veces lo arrebató el ardor de la contemplación hacia lo alto, no cabe duda de que quedó por debajo de sí mismo.

10. PEDRO: Es lógico lo que dices. Pero ahora te ruego que me expliques, si le era lícito abandonar a los hermanos una vez que los había tomado bajo su dirección.

GREGORIO: Por mi parte, Pedro, estimo que donde existen algunos buenos a quienes se pueda ayudar, hay que soportar con ecuanimidad a los malos que están allí reunidos. Pero donde falta en absoluto el fruto de los buenos, ya se hace inútil el trabajo que se toma por

los malos, sobre todo si en las cercanías se ofrecen otras ocasiones para lograr resultados más provechosos en honor de Dios. ¿Por quién iba a permanecer allí el hombre santo como guardián, cuando veía que todos unánimemente lo perseguían?

11. Y a menudo sucede en el ánimo de los perfectos –no lo olvidemos– que al advertir que su trabajo no da ningún fruto, se van a otra parte a ocuparse de una tarea que les reporte algún fruto. Por eso aquel eminente predicador que deseó "irse para estar con Cristo", para quien "la vida era Cristo, y la muerte una ganancia" (*Flp* 1, 23. 21), que ambicionaba las luchas de las persecuciones no sólo para sí, sino que incitaba también a otros a soportarlas, al sufrir persecución en Damasco buscó un muro, una cuerda y una canasta para poder evadirse, y quiso que lo bajasen a escondidas (cf. *Hch* 9, 24ss; *2 Co* 11, 32ss). ¿Diríamos, entonces, que Pablo temía la muerte, cuando él mismo declara que la deseaba por amor a Jesús? Pero al ver que en aquel lugar hallaba poco fruto y una pesada labor, se reservó para realizar en otra parte un trabajo provechoso. El esforzado luchador de Dios no quiso quedarse en el campamento, sino que salió en busca del campo de batalla.

12. Si me escuchas con benevolencia, pronto verás que el venerable Benito hizo lo mismo, pues al escapar con vida y abandonar allí a los rebeldes, resucitó de la muerte del alma a una multitud en otros lugares.

PEDRO: Lo acertado de lo que enseñas, lo prueban la manifiesta razón y el coherente testimonio aducido. Pero te ruego que reanudes el relato de la vida de un Padre tan grande.

13. GREGORIO: Como el hombre santo iba creciendo en virtudes y milagros en esa soledad, muchos se reunieron en aquel lugar para servir al Señor omnipotente. Por lo tanto con la ayuda del omnipotente Señor Jesucristo construyó allí doce monasterios, a cada uno de los cuales asignó doce monjes, después de constituir sus abades respectivos. Pero retuvo consigo a algunos pocos, juzgando que serían mejor formados en su presencia.

14. Entonces empezaron a llegar hasta él hombres nobles y piadosos de la ciudad de Roma, ofreciéndole a sus hijos para educarlos en el temor de Dios omnipotente. También Eutiquio y el patricio Tértulo le encomendaron a sus hijos de condiciones prometedoras, el primero a

Mauro, y el segundo a Plácido. El joven Mauro se distinguía por sus buenas costumbres y empezó a ser el ayudante del maestro; en cambio Plácido era aún un niño.

IV. Un monje distraído vuelto al buen camino[28]

En uno de los monasterios que Benito había construido en los alrededores, había un monje que durante la oración no podía quedarse en su lugar, sino que en cuanto los hermanos se inclinaban para entregarse a la oración, él salía afuera, y con la mente distraída se entretenía en cosas terrenas e intrascendentes. Habiendo sido advertido reiteradas veces por su abad, fue llevado al hombre de Dios quien a su vez lo reprendió duramente por su necedad. De regreso al monasterio, apenas si se acordó durante dos días de la amonestación del hombre de Dios; al tercero volvió a su antigua costumbre, y otra vez empezó a dar vueltas durante el tiempo de la oración.

2. El asunto fue comunicado al servidor de Dios, por el Padre que él había constituido para esta casa. Benito dijo: "Yo iré y lo corregiré personalmente". El hombre de Dios llegó al monasterio, y a la hora fijada, concluida la salmodia, los hermanos se aplicaron a la oración. Entonces observó que un negrito arrastraba hacia fuera por el borde del vestido, a aquel monje que no podía permanecer en la oración. Benito, al ver esto les dijo secretamente al Padre del monasterio, de nombre Pompeyano, y al servidor de Dios Mauro: "¿No ven quién es el que arrastra hacia afuera a este monje?". A lo que ellos respondieron: "No". Les dijo: "Recemos, para que también ustedes vean a quién sigue este monje". Después de haber orado durante dos días, el monje Mauro lo vio, pero Pompeyano, el Padre del monasterio, no pudo verlo.

3. Al día siguiente, terminada la oración, el hombre de Dios salió del oratorio, sorprendió al monje que estaba afuera, y para curar la

[28] Capítulos IV-VIII, 8: En estos capítulos están contenidos aquellos milagros que equiparan a san Benito con los grandes personajes bíblicos; sin embargo el último lo asemeja directamente a Cristo. En efecto, san Benito hace caminar a su discípulo Mauro sobre las aguas, tal como hace Cristo con Pedro. San Gregorio pone un fuerte énfasis en este milagro pues es del único que da su referencia bíblica expresa. En los otros anteriores, el modelo bíblico sólo queda implícito. Para Gregorio, san Benito ha superado a los mismos personajes bíblicos, teniendo como modelo por excelencia a Cristo.

ceguera de su corazón lo golpeó con una vara. A partir de aquel día, el monje ya no sufrió de ningún modo el engaño del negrito, sino que permaneció sin moverse durante la oración. Así, el antiguo enemigo ya no se atrevió a influir en su imaginación, como si él mismo hubiera recibido el azote.

V. El agua que Benito hizo brotar de una roca en la cumbre de la montaña

De los monasterios que había construido en aquel paraje, tres se hallaban emplazados en lo alto de las rocas, y resultaba muy penoso a los hermanos bajar siempre al lago para sacar agua, sobre todo por el grave riesgo que corrían al bajar por la pendiente abrupta de la montaña. Entonces se reunieron los hermanos de los tres monasterios y acudieron al servidor de Dios Benito, diciendo: "Nos es muy penoso descender cada día al lago para sacar el agua. Por eso es preciso trasladar los monasterios a otro lugar".

2. Benito los consoló bondadosamente y los despidió. Aquella misma noche, acompañado por el pequeño Plácido, a quien mencioné antes, subió a la cumbre de la montaña y rezó allí durante mucho tiempo. Concluida la oración, puso como señal en aquel lugar tres piedras, y sin decir nada a nadie, regresó al monasterio.

3. Al día siguiente los hermanos volvieron a él para recordarle la falta del agua. Benito les dijo: "Vayan y caven un poco sobre la roca en la que encuentren tres piedras superpuestas. Porque Dios omnipotente es capaz de hacer manar agua aún en la cima de esta montaña, para ahorrarles el cansancio de un camino tan penoso".

Ellos fueron y encontraron la roca que Benito les había indicado, ya exudando. Y al cavar un hoyo, al instante el agua brotó tan copiosamente, que aún en la actualidad corre en abundancia, deslizándose desde la cumbre hasta el pie de la montaña.

VI. El hierro que desde el fondo del agua volvió a su mango

En otra ocasión, un Godo pobre de espíritu se presentó para hacerse monje. El hombre del Señor, Benito, lo recibió con muchísimo gusto. Un día mandó que le dieran una herramienta parecida a una hoz, llamada falcastro, para que cortara las zarzas en un lugar destinado a un

huerto. El lugar que el Godo debía limpiar, estaba situado directamente a la orilla del lago. Como el Godo cortara con todas sus fuerzas aquel matorral de zarzas, el hierro se desprendió del mango y cayó al lago, en aguas tan profundas que no había esperanza de recobrarlo.

2. Así, perdido el hierro, el Godo corrió tembloroso al monje Mauro, le contó el daño que había causado e hizo penitencia por su falta. De inmediato, el monje Mauro se encargó de informar al servidor de Dios Benito. Al oírlo, el hombre del Señor se encaminó al lugar, tomó el mango de manos del Godo y lo sumergió en el lago. Al punto, el hierro volvió de la profundidad del agua y se ajustó al mango. Benito devolvió en seguida la herramienta al Godo y le dijo: "¡Hela aquí! ¡Trabaja y no te entristezcas!" (cf. *2 R* 6, 5ss).

VII. Cómo su discípulo caminó sobre las aguas

Un día, mientras el venerable Benito estaba en su celda, el mencionado niño Plácido, monje del hombre santo, salió a sacar agua del lago y al sumergir descuidadamente en el agua el recipiente que llevaba consigo, se cayó tras él. La corriente lo arrastró en seguida y lo llevó agua adentro, casi a un tiro de flecha de la orilla. El hombre de Dios, desde su celda, se dio cuenta al instante de lo ocurrido. De inmediato llamó a Mauro, diciéndole: "¡Corre, hermano Mauro! Porque el niño que fue a sacar agua, se cayó al lago y la corriente lo arrastra lejos".

2. Pero ¡cosa admirable e insólita desde los tiempos del apóstol Pedro (cf. *Mt* 14,28s)! Después de pedir y recibir la bendición, Mauro se dirigió a toda prisa para cumplir la orden de su Padre. Y creyendo que caminaba por tierra firme, corrió sobre el agua hasta el lugar adonde la corriente había arrebatado al niño. Y agarrándolo por los cabellos, volvió también corriendo rápidamente. Apenas llegó a la orilla, vuelto en sí, miró hacia atrás y se dio cuenta de que había corrido sobre el agua y, admirado, se estremeció al ver como un hecho lo que nunca se hubiera atrevido a hacer.

3. Cuando estuvo ante el Padre, le contó lo sucedido. Pero el hombre venerable Benito atribuyó esto no a sus propios méritos, sino a la obediencia del discípulo. Mauro, al contrario, sostenía que ello se debía sólo al mandato del Padre y que él no tenía parte en aquel prodigio porque lo había hecho inconscientemente. Pero en esta amistosa discusión de

mutua humildad intervino como árbitro el niño que había sido salvado, diciendo: "Cuando me sacaban del agua, veía sobre mi cabeza la melota del abad y observaba que era él quien me sacaba de las aguas".

4. PEDRO: Realmente es impresionante lo que cuentas, y servirá de edificación para muchos. Por mi parte, cuanto más bebo de los milagros de este hombre tan bueno, más sed tengo.

VIII. El pan envenenado arrojado lejos por un cuervo

GREGORIO: Toda aquella región ardía ya a lo largo y a lo ancho en el amor del Señor Dios Jesucristo, y muchos abandonaron la vida del mundo, sometiendo la altivez de su corazón al yugo suave del Redentor (cf. *Mt* 11, 30). Pero como es costumbre de los malos envidiar en los demás el bien de la virtud que ellos no se animan a desear, el presbítero de la iglesia vecina, llamado Florencio, y que era el abuelo de nuestro subdiácono Florencio, incitado por la malicia del antiguo enemigo, empezó a sentir celos del hombre santo, a difamar sus costumbres y a apartar de su trato a cuantos le era posible.

2. Mas al ver que ya no podía impedir sus progresos y que la fama de su vida seguía creciendo, y que además por el prestigio de su reputación muchos se sentían atraídos de continuo hacia una vida mejor, abrasado cada vez más por la llama de la envidia, empeoraba cada día, porque pretendía tener la fama de virtud de Benito, sin querer llevar su vida laudable.

Obcecado por las tinieblas de la envidia, llegó al punto de enviar al servidor del Señor omnipotente un pan envenenado como si fuera pan bendito. El hombre de Dios lo aceptó con acción de gracias, aunque no se le ocultó el mal escondido en el pan.

3. A la hora de la comida solía llegar un cuervo de la selva vecina, para recibir el pan de su mano. Cuando el cuervo llegó como de costumbre, el hombre de Dios le echó el pan que el presbítero le había enviado, y le ordenó: "En el nombre del Señor Jesucristo, toma este pan y arrójalo a un lugar donde nadie pueda encontrarlo". Entonces el cuervo, abriendo el pico y extendiendo las alas, empezó a revolotear y a graznar alrededor del pan, como si dijera a las claras que sí quería obedecer, pero no podía cumplir lo mandado. Mas el hombre de Dios le ordenaba una y otra vez: "Llévalo, llévalo tranquilo, y arrójalo donde nadie

pueda encontrarlo". Tras larga vacilación, al fin el cuervo lo agarró con el pico, lo levantó y desapareció. Transcurrido un intervalo de tres horas, y después de haber arrojado el pan, volvió y recibió de manos del hombre de Dios la ración acostumbrada (cf. *1 R* 17, 4ss).

4. El venerable Padre, al ver que el ánimo del sacerdote se enardecía contra su vida, se apenó más por él que por sí mismo. Por su parte el mencionado Florencio, ya que no pudo matar el cuerpo del maestro, se encendió en deseos de perder las almas de sus discípulos. Así, en el huerto del monasterio en el que estaba Benito, introdujo ante sus ojos siete muchachas desnudas, que trabándose las manos unas con otras, danzaron durante mucho tiempo delante de ellos, con la intención de inflamar sus almas en la perversidad de la lascivia.

5. El hombre santo, al verlo desde su celda, temió por la caída de sus discípulos más débiles, y comprendiendo que él era la única causa de esa persecución, cedió ante la envidia. Estableció prepósitos y grupos de hermanos en todos los monasterios que había construido, luego él cambió de residencia llevando consigo unos pocos monjes.

6. Mas en cuanto el hombre de Dios se apartó humildemente del odio de Florencio, Dios omnipotente hirió a éste de un modo terrible. En efecto, cuando el mencionado presbítero, al haberse enterado de la partida de Benito se regocijaba desde la terraza, ésta se derrumbó mientras que el resto de la casa permanecía intacto. Y así el enemigo de Benito murió aplastado.

7. Mauro, el discípulo del hombre de Dios, estimó que debía anunciárselo al instante al venerable Padre Benito que apenas se había alejado diez millas de aquel lugar, y le dijo: "Vuelve, porque el presbítero que te perseguía ha muerto". Al oír esto, el hombre de Dios Benito prorrumpió en fuertes sollozos, tanto porque había muerto su adversario, como porque el discípulo se alegraba por la muerte del enemigo. Por este motivo impuso al discípulo una penitencia, puesto que, al comunicarle tal noticia, se había atrevido a alegrarse por la muerte del enemigo.

8. PEDRO: Lo que cuentas es admirable y totalmente asombroso. Pues el agua que manó de la piedra, recuerda a Moisés (cf. *Nm* 20, 7ss), el hierro que volvió desde lo profundo del agua, a Eliseo (cf. *2*

R 6, 5ss), el caminar sobre las aguas, a Pedro (cf. *Mt* 14, 28s), la obediencia del cuervo, a Elías (cf. *1 R* 17, 4ss), y el llanto por la muerte del enemigo, a David (cf. *2 S* 1, 11s). Por lo que veo, este hombre estuvo lleno del espíritu de todos los justos[29].

9. GREGORIO: Pedro, el hombre del Señor Benito tuvo el espíritu del Único que por la gracia de la redención cumplida llenó los corazones de todos los elegidos. Es Él de quien Juan dice: *Era la luz verdadera que al venir a este mundo ilumina a todo hombre* (*Jn* 1, 9), y también: *De su plenitud todos nosotros hemos recibido* (*Jn* 1, 16). Porque los santos obtuvieron de Dios el poder de obrar milagros, pero no el de transmitirlo a los demás. En cambio, el que prometió dar a sus enemigos la señal de Jonás pudo conceder a sus fieles estas señales milagrosas(cf. *Mt* 12, 39; 16, 4). En efecto, se dignó morir delante de los soberbios, pero resucitó delante de los humildes, de modo que los unos vieron en Él un ser despreciable, y los otros al objeto de su amor y veneración (cf. *Jn* 19, 37; *Za* 12, 10). En virtud de este misterio se sigue que mientras los soberbios ven el aspecto ignominioso de la muerte, los humildes reciben la gloria de un poder sobre ella (cf. *Lc* 1, 50ss).

10. PEDRO[30]: Te ruego ahora que me digas a qué regiones emigró el hombre santo, y si allí también obró nuevos milagros.

GREGORIO: Al marcharse a otra parte, el hombre santo cambió por cierto de lugar, pero no de enemigo. Porque después sobrellevó combates tanto más difíciles, cuanto que tuvo que enfrentarse en lucha abierta con el maestro mismo de la maldad.

La fortaleza, de nombre Casino[31], está situada en la ladera de una montaña alta, que parece acogerla en una dilatada hondonada y,

---

[29] Esta fórmula parece reproducir la que san Lucas aplica a Cristo al decir que Jesús, “lleno del Espíritu Santo” se volvió al Jordán para ser tentado (cf. *Lc* 4,1).

[30] Capítulos VIII,9-XII: aquí comienza una serie de milagros en torno a la fundación de Montecasino y, como en el caso anterior, se inician con una tentación por parte del Maligno, tal como sucedió a Cristo antes de su vida pública.

[31] Casino está ubicada a 140 kms. de Roma. Benito se instala en la montaña vecina que era un lugar de culto pagano en el que se celebraban todavía cultos idolátricos. Allí encuentra un templo de Apolo, tal vez Júpiter.

elevándose unas tres millas, levanta su cumbre casi hasta la misma altura de los cielos. Había allí un templo antiquísimo, en el que un pueblo de campesinos ignorantes rendía culto a Apolo, según los ritos antiguos de los paganos. En los alrededores habían crecido bosques destinados al culto de los demonios, donde aun en ese tiempo, una multitud insensata de infieles inmolaba víctimas sacrílegas.

11. Al llegar allí, el hombre de Dios destrozó el ídolo, derribó el altar, taló los bosques (cf. *Ex* 34,13; *Dt* 7,5) y construyó en el mismo templo de Apolo un oratorio en honor de san Martín, y donde había estado el altar de Apolo, un oratorio dedicado a san Juan. Y con su predicación continua llamaba a la fe a todos los que vivían en los alrededores.

12. Pero el antiguo enemigo no podía soportar en silencio esta actitud. Se aparecía a los ojos del Padre, no ocultamente o en sueños, sino en clara visión. Con fuertes gritos se quejaba de la violencia que tenía que padecer (cf. *Mt* 8, 29), de modo que los hermanos oían su voz, aunque no podían verlo. El venerable Padre contaba a sus discípulos que el antiguo enemigo se mostraba a sus ojos corporales horrible y envuelto en llamas, y parecía embestirlo, con fuego en la boca y los ojos encendidos. En cambio, todos oían lo que decía: primero lo llamaba por su nombre y, como el hombre de Dios no le respondía, lo atacaba en seguida con insultos. Así, cuando gritaba: "¡Benito, Benito!", y veía que de ningún modo le respondía, al instante agregaba: "Maldito y no Bendito, ¿qué tienes conmigo? *¿Por qué me persigues?*" (cf. *Hch* 9, 4).

13. Veamos ahora los nuevos combates del antiguo enemigo contra el servidor de Dios. Lo que el enemigo quería, era hacerle la guerra, mas contra su voluntad le proporcionó nuevas ocasiones de victoria.

IX. La enorme piedra desplazada por su oración

Cierto día, mientras los hermanos construían las habitaciones de su monasterio, encontraron en medio del terreno una piedra que decidieron llevarse para la construcción. Como dos o tres de ellos no consiguieron moverla, se les agregaron unos cuantos más, pero la piedra permaneció tan inmóvil, como si hubiera echado raíces en la tierra. Claramente entendieron que el antiguo enemigo estaba sentado sobre ella, ya que tantos hombres juntos no podían moverla. Ante esta dificultad avisaron al hombre de Dios para que viniera y ahuyentara al ene-

migo con la oración, y poder así levantar la piedra. Él llegó en seguida, y rezando impartió la bendición, y pudieron levantar la piedra con tanta rapidez como si nunca hubiera tenido peso alguno.

X. El incendio imaginario de la cocina

Entonces le pareció conveniente al hombre de Dios excavar la tierra en ese lugar. Al cavar hasta cierta profundidad, los hermanos encontraron un ídolo de bronce. Lo arrojaron provisoriamente a la cocina, y de repente vieron salir de allí fuego y a todos ellos les pareció ver que iba a consumir todo el edificio de la cocina.

2. Como los hermanos, al arrojar agua para extinguir el fuego, hicieron gran estrépito, acudió el hombre de Dios atraído por la barahúnda. Al darse cuenta de que el fuego estaba en los ojos de los hermanos, pero no en los suyos, al punto inclinó la cabeza para orar. Luego llamó a los hermanos que había encontrado engañados por el fuego imaginario, para que se cerciorasen de que el edificio de la cocina estaba intacto e hicieran caso omiso de las llamas que el antiguo enemigo había simulado.

XI. El joven servidor de Dios aplastado por una pared y sanado

En otra ocasión, mientras que los hermanos levantaban un poco más una pared, según lo exigía la obra, el hombre de Dios se hallaba en el recinto de su celda, dedicado a la oración. Se le apareció el antiguo enemigo, insultándolo y diciéndole que iba a ver a los hermanos que estaban trabajando. Rápidamente el hombre de Dios advirtió a los monjes, por medio de un mensajero, con estas palabras: "Hermanos, tengan cuidado, porque en este mismo instante el espíritu maligno está dirigiéndose hacia ustedes". Apenas había terminado de hablar el que llevaba el mensaje, cuando el maligno espíritu derrumbó la pared que estaban levantando y un monje jovencito, hijo de un magistrado, quedó aplastado bajo los escombros. Todos quedaron consternados y profundamente afligidos, no por la pared destruida, sino por el hermano triturado. Sin pérdida de tiempo, corrieron a anunciárselo con honda pena al venerable Padre Benito

2. Entonces, el Padre ordenó que le llevaran al niño hecho añicos; no pudieron hacerlo sino envuelto en un lienzo, porque las piedras de la pared derrumbada le habían destrozado no solo los miembros,

sino incluso los huesos. El hombre de Dios mandó que lo dejasen en seguida en su celda sobre el *psiathio* –es decir, lo que comúnmente llaman estera–, donde él solía rezar. Y despidiendo a los hermanos, cerró la celda y se entregó a la oración con mayor fervor que de costumbre. ¡Y se realizó el milagro! En el mismo instante, sano y salvo como antes, fue enviado de nuevo al trabajo, a terminar la pared junto con los hermanos, ese monje con cuya muerte el antiguo enemigo había pretendido burlarse de Benito.

3. A partir de estos acontecimientos, el hombre de Dios empezó a gozar también del espíritu de profecía, prediciendo eventos futuros y anunciando a los presentes lo que estaba ocurriendo en su ausencia.

XII. Los servidores de Dios que tomaron alimento contra la prescripción de la Regla

Era costumbre en el monasterio, que cada vez que los hermanos salieran para alguna diligencia, no tomaran alimento ni bebida fuera del monasterio. Este uso de la Regla se observaba con toda solicitud. Mas un día salieron los hermanos para una tarea que los obligó a demorarse hasta una hora avanzada. En las cercanías vivía una mujer piadosa que ellos conocían, entraron en su casa y tomaron una merienda.

2. Después de haber regresado ya muy tarde al monasterio, solicitaron como de costumbre la bendición del Padre. Él en seguida les preguntó: "¿Dónde comieron?". A lo que ellos respondieron: "En ninguna parte". Entonces él les dijo: "¿Por qué mienten de esta manera? ¿Acaso no entraron en la casa de aquella mujer? ¿Acaso no comieron allí tal y tal alimento y bebieron tal cantidad de copas?". Cuando el venerable Padre les refirió la hospitalidad de aquella mujer, la clase de alimentos que habían tomado y la cantidad de copas que habían bebido, reconocieron todo lo que habían hecho, y postrándose temblorosos a sus pies, confesaron su culpa. Él les perdonó en seguida su falta, considerando que en adelante no volverían a hacer nada en su ausencia, convencidos de que les estaba presente en espíritu.

XIII. El hermano del monje Valentiniano que incurrió en la misma falta

El hermano del monje Valentiniano, ya mencionado más arriba, era laico, pero muy piadoso. Para encomendarse a la oración del ser-

vidor de Dios y poder ver a su hermano, solía ir al monasterio todos los años en ayunas desde el lugar de su residencia. Un día, mientras iba de camino hacia el monasterio, se le unió otro viajero que llevaba consigo comida para el viaje. Y siendo ya la hora un poco avanzada, le dijo: "Ven, hermano, tomemos alimento, para no desfallecer en el camino". A lo que aquél respondió: "En absoluto, hermano, no haré tal cosa, porque tengo la costumbre de ir en ayunas a ver al venerable Padre Benito". Al recibir esta respuesta el compañero de ruta se calló por el momento.

2. Sin embargo, cuando habían marchado otro trecho de camino, de nuevo lo invitó a comer, pero el que había hecho el propósito de llegar en ayunas no quiso consentir. Se calló nuevamente el que lo había invitado a comer, consintiendo en andar con él algo más sin probar alimento. Habiendo recorrido así un camino bastante largo, y cuando la hora un poco tardía fatigaba a los viajeros, encontraron junto al camino un prado con un manantial y todo lo que podía parecer deleitable para recuperar sus fuerzas. Entonces el compañero de viaje le dijo: "Aquí hay agua, un prado y un lugar ameno donde podemos restaurar nuestras fuerzas y descansar un poco para poder terminar luego nuestro viaje sin inconvenientes". Y como estas palabras halagaron los oídos, y el lugar deleitara la vista, él, persuadido por esta tercera invitación, consintió y comió.

3. Al anochecer llegó al monasterio. Al presentarse al venerable Padre Benito y solicitar su bendición, al instante el hombre santo lo reprendió por lo que había hecho en el camino, y le dijo: "¿Qué te ha pasado, hermano? El maligno enemigo que te habló por boca de tu compañero, no pudo persuadirte ni la primera ni la segunda vez, pero te hizo consentir la tercera, y te venció en lo que él quería". Entonces él, reconociendo su falta debida a su vacilante voluntad, se arrojó a los pies de Benito y empezó a llorar su culpa y a sonrojarse, tanto más cuanto que reconoció haber faltado a la vista del Padre Benito no obstante encontrarse a distancia.

4. PEDRO: Veo que en el corazón del hombre santo estaba presente el espíritu de Eliseo quien, aunque ausente, presenció lo que estaba haciendo el discípulo (cf. *2 R* 5, 26).

GREGORIO: Por el momento, Pedro, conviene que guardes silencio, para enterarte de hechos aún más grandes.

XIV. La simulación descubierta del rey Totila

En tiempos de los Godos[32], su rey Totila oyó decir que el hombre santo estaba dotado del espíritu de profecía. Entonces se dirigió hacia su monasterio, y a poca distancia se detuvo y le anunció su llegada. Cuando de inmediato le comunicaron desde el monasterio que podía ir, él, descreído como era, trató de averiguar si el hombre de Dios poseía en realidad espíritu profético. Prestó su calzado e hizo vestir con la indumentaria real a uno de sus escuderos, llamado Rigo, ordenándole que se presentara ante el hombre de Dios como si fuera él mismo en persona. Como séquito envió a tres condes, más allegados a él que los demás: Wulderico, Rodrigo y Blindino, para que, caminando al lado de aquél, fingieran ante los ojos del servidor de Dios que se trataba realmente del rey Totila. Le añadió otra comitiva y escuderos a fin de que, tanto por estos honores como por los vestidos de púrpura, hiciera creer que era el mismo rey.

2. Cuando Rigo, ostentando las vestiduras reales y rodeado de numeroso séquito, llegó al monasterio, el hombre de Dios se encontraba sentado a considerable distancia. Al verlo llegar, cuando pudo hacerse oír, le gritó: "Quita, hijo, quítate lo que llevas. No es tuyo". Rigo cayó al instante en tierra y quedó sobrecogido de temor por haber tenido la osadía de burlarse de hombre tan grande. Y todos los que lo habían acompañado a ver al hombre de Dios, cayeron consternados en tierra. Al levantarse, no se atrevieron a acercársele, sino que, volviéndose a su rey, le contaron temblando con qué prontitud habían sido descubiertos.

XV. La profecía proferida acerca del mismo rey Totila

Entonces el rey Totila fue personalmente a ver al hombre de Dios. Cuando de lejos lo vio sentado, no se atrevió a acercarse y se postró en tierra. El hombre de Dios le dijo dos o tres veces: "Levántate". Pero él no se animaba a levantarse en su presencia. Entonces Benito, el

[32] Se trataría de la segunda mitad del año 546.

servidor del Señor Jesucristo, se dirigió él mismo hacia el rey que permanecía postrado. Lo levantó del suelo, lo reprendió por sus acciones y en pocas palabras le anunció todo lo que le iba a suceder, diciendo: "Estás haciendo mucho daño, y mucho daño ya has hecho. Reprime por fin de una vez tu maldad. Entrarás por cierto en Roma y atravesarás el mar, reinarás durante nueve años y al décimo morirás".

2. Al oír esta palabras el rey quedó visiblemente aterrado. Pidió la oración de Benito y se retiró, y desde aquel momento fue mucho menos cruel. Poco tiempo después entró en Roma, llegó luego a Sicilia y al décimo año de su reinado, por disposición de Dios omnipotente, perdió el reino junto con su vida.

3. Por otra parte, el obispo de la Iglesia de Canosa[33] solía visitar al servidor del Señor, y el hombre de Dios sentía hacia él un afecto especial debido a su vida virtuosa. Durante una conversación acerca de la entrada del rey Totila en Roma y de la devastación de la ciudad, el obispo dijo: "Este rey va a destruir la ciudad de manera tal, que en adelante no podrá ya ser habitada". A lo que el hombre de Dios respondió: "Roma no será exterminada por los bárbaros, sino que se consumirá en sí misma devastada por tempestades, huracanes, ciclones y terremotos". Los misterios de esta profecía son ya para nosotros más patentes que la luz, pues en esta ciudad vemos las murallas demolidas, las casas derribadas, y las iglesias destruidas por los tornados, y tenemos ante la vista cómo sus edificios, desgastados por una larga vejez, se están convirtiendo en montones de escombros.

[33] El obispo Sabino de Canosa es del año 547. Se supone que él fue el punto de contacto de Benito con el mundo monástico griego. Sabino participó en un Sínodo en Gaza en tiempos de Doroteo (541?) y pudo traer las noticias a Benito. También participó en dicho Sínodo el delegado papal Pelagio, quien encontró las colecciones de Apotegmas de los Padres que nacían en la región de Gaza en dicho siglo VI. Inmediatamente después de llegar a Roma, elabora la traducción latina que es conocida con el nombre de "Colección de Pelagio y Juan", en la que los Apotegmas están agrupados por orden alfabético de su autor (Cf. EGENDER N., "Doroteo de Gaza y Benito de Nursia", en *CuadMon* 126 (1998) 273-290).

4. Su discípulo Honorato, por cuya relación me enteré de estos sucesos, asegura que él nunca los escuchó de la boca de Benito, pero atestigua que los hermanos los han contado.

XVI. El clérigo que fue liberado del demonio[34]

También por ese mismo tiempo, un clérigo de la Iglesia de Aquino se veía atormentado por el demonio. El venerable Constancio, obispo de su Iglesia, lo había enviado a muchos santuarios de mártires con el fin de obtener su curación. Pero los santos mártires de Dios no quisieron concederle el don de la salud, para poner de manifiesto en qué medida Benito se hallaba favorecido por la gracia. Entonces, fue conducido a la presencia de Benito, el servidor de Dios omnipotente, quien elevó sus plegarias al Señor Jesucristo y al instante expulsó al antiguo enemigo del hombre poseso. Y después de curarlo, le ordenó: "Vete, y en adelante no comas carne, y nunca te atrevas a recibir ningún orden sagrado. El día en que pretendas profanar algún orden sagrado, inmediatamente pasarás a ser de nuevo propiedad del diablo".

2. Después de haber recobrado la salud, el clérigo se fue, y como un castigo reciente suele atemorizar al espíritu, observó por un tiempo lo que el hombre de Dios le había mandado. Pero cuando transcurridos muchos años, habían muerto todos los que le habían precedido, viendo que otros menores que él lo aventajaban en las sagradas órdenes, desatendió las palabras del hombre de Dios, haciéndose como olvidadizo en razón del largo tiempo transcurrido, y accedió a un orden sagrado. De inmediato el diablo que lo había dejado tomó posesión de él, y no cesó de atormentarlo hasta quitarle la vida.

3. PEDRO: Según puedo ver, este hombre penetró incluso los secretos de la Divinidad, ya que llegó a saber que este clérigo había sido

[34] Capítulos XVI-XXXII: en esta sección san Benito realiza toda una serie de milagros que hacen recordar la palabra de Cristo a sus apóstoles: *Estos signos les seguirán: curarán enfermos, resucitarán muertos, curarán leprosos, expulsarán demonios* (cf. *Mt* 10,8). Sin embargo, para san Gregorio, san Benito es más que los mismos apóstoles, pues pudo "desatar" el pecado de dos siervas de Dios (c. XXIII) que, en rigor, ya habían muerto, devolviéndolas a la comunión con Cristo. Los apóstoles, en cambio, sólo tenían el poder de "atar" en esta tierra (cf. *Mt* 16,19).

entregado al diablo para que no se atreviera a recibir ningún orden sagrado.

GREGORIO: ¿Cómo no iba a conocer los secretos de la Divinidad quien de ella observaba los preceptos, cuando está escrito: *El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él* (*1 Co* 6, 17)?

4. PEDRO: Si el que se une al Señor forma con Él un solo espíritu, ¿por qué razón el mismo egregio predicador dice en otra oportunidad: *¿Quién penetró en el pensamiento del Señor, o quién fue su consejero?* (*Rm* 11, 34)? Parece ser realmente una inconsecuencia que quien ha sido hecho un mismo espíritu con otro, ignore su pensamiento.

5. GREGORIO: Los santos, en cuanto son una misma cosa con el Señor, no ignoran el pensamiento del Señor. Porque el mismo Apóstol dice también: *¿Quién puede conocer lo más íntimo del hombre, sino el espíritu del mismo hombre? De la misma manera, nadie conoce los secretos de Dios, sino el Espíritu de Dios* (*1 Co* 2, 11). Y para demostrar que conocía las cosas referentes a Dios, agregó: *Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios* (*1 Co*, 12). Dice también: *Lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman, nos lo reveló por medio del Espíritu* (*1 Co* 2, 9s).

6. PEDRO: Entonces, si las cosas que son de Dios le fueron reveladas al mismo Apóstol por el Espíritu de Dios, ¿por qué, antes del texto que cité hace unos momentos (cf. *Rm* 11, 34), él dijo: *¡Qué profunda y llena de riqueza es la sabiduría y la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus designios y qué incomprensibles sus caminos!* (*Rm* 11, 33)? Al decir esto, se me ofrece ahora una nueva dificultad. Porque el profeta David, hablando con el Señor, le dice: *Yo proclamo con mis labios todos los juicios de tu boca* (*Sal* 119 [118], 13). Y puesto que el conocer es menos que el pronunciar, ¿por qué afirma Pablo que los juicios de Dios son incomprensibles, cuando David atestigua que no sólo conoce todo esto, sino que también lo ha pronunciado con sus labios?

7. GREGORIO: A ambas dificultades te respondí ya brevemente, al decir que los santos, en cuanto están unidos al Señor, no ignoran el pensamiento del Señor. Porque todos los que siguen devotamente al Señor, por cierto están junto a Dios por su devoción, mas como todavía se hallan abrumados por el peso de la carne corruptible, aún no

están junto a Dios. Por eso, conocen los juicios ocultos de Dios en cuanto le están unidos, pero los ignoran en cuanto están separados de Él. Así, porque no penetran todavía perfectamente sus secretos, atestiguan que sus juicios son incomprensibles. Mas cuando le están unidos en el espíritu y en esa unión reciben, por las palabras de la Sagrada Escritura o por revelaciones secretas, algún conocimiento, entonces lo comprenden y lo anuncian. En consecuencia, ignoran lo que Dios calla y saben lo que Dios les comunica.

8. Por eso el profeta David, después de haber dicho: *Yo proclamo con mis labios todos los juicios*, en seguida agregó: *de tu boca* (*Sal* 119 [118], 13), como si dijera abiertamente: "Pude conocer y pronunciar aquellos juicios, puesto que sé que Tú los pronunciaste. Porque lo que Tú mismo no dices, sin duda lo estás escondiendo a nuestro conocimiento". Están de acuerdo, entonces, las sentencias del Profeta y del Apóstol. Porque los juicios de Dios son incomprensibles, y sin embargo, lo que haya sido proferido por su boca, es anunciado por labios humanos. Así, lo revelado por Dios puede ser conocido por los hombres, pero lo que Él ha ocultado, no puede serlo.

9. PEDRO: Con la objeción de mi insignificante pregunta ha quedado aclarada la verdad de tu razonamiento. Te ruego, pues, que continúes hablando de los milagros de este hombre, si aún hay otros.

XVII. La profecía de la destrucción de su monasterio

GREGORIO: Cierto hombre noble, llamado Teoprobo, que había sido convertido por las exhortaciones del Padre Benito, gozaba por su vida virtuosa de plena confianza y familiaridad con él. Un día que entró en la celda de Benito, lo encontró llorando amargamente. Esperó un largo rato y al ver que sus lágrimas no cesaban y que el hombre de Dios no lloraba como habitualmente lo hacía al rezar, sino con aflicción, le preguntó cuál era el motivo de dolor tan grande. El hombre de Dios le contestó en seguida: "Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos, va a ser entregado a los bárbaros por disposición de Dios omnipotente. Apenas si he podido conseguir que se me conservaran las vidas de los monjes de este lugar".

2. Esta profecía que entonces oyó Teoprobo, nosotros la vemos cumplida, por cuanto sabemos que su monasterio ha sido destruido

hace poco por los Longobardos.

En efecto, no hace mucho tiempo, durante la noche, mientras los hermanos descansaban, los Longobardos entraron allí y saquearon todo, pero no pudieron apresar ni a un solo hombre. Así Dios omnipotente cumplió lo que había prometido a su fiel servidor Benito: aunque entregara los bienes materiales a los bárbaros, salvaría las vidas de los monjes. En esto veo que Benito tuvo la misma suerte que Pablo, cuya nave perdió todos sus bienes, pero él recibió como consuelo la vida de cuantos lo acompañaban (cf. *Hch* 27, 22ss).

XVIII. El barrilito escondido y descubierto por el Espíritu

En otra ocasión, nuestro Exhilarato, a quien conoces desde su conversión, había sido enviado por su señor al hombre de Dios, con el fin de llevar al monasterio dos recipientes de madera llenos de vino, que vulgarmente llamamos barriles. Él entregó sólo uno, después de haber escondido el otro mientras iba de camino. Pero el hombre de Dios, a quien no podía ocultarse lo que se hacía en su ausencia, lo recibió dando las gracias, y al retirarse el joven, le advirtió diciendo: "Cuidado, hijo, con el barril que escondiste: no bebas de él, sino inclínalo con precaución y verás lo que contiene".

Muy avergonzado, el muchacho se alejó del hombre de Dios. Y de regreso, quiso cerciorarse acerca de lo que había oído. Cuando inclinó el barrilito, salió de inmediato una serpiente. Entonces el joven Exhilarato, a vista de lo que encontró en el vino, se horrorizó por el mal que había cometido.

XIX. Los pañuelos aceptados por un monje

No lejos del monasterio había una aldea, en la que una buena cantidad de habitantes se había convertido del culto de los ídolos a la verdadera fe, gracias a la predicación de Benito.

Vivían allí también unas mujeres religiosas, y el servidor de Dios Benito procuraba enviarles con frecuencia a alguno de los hermanos para exhortarlas en provecho de sus almas. Un día, como de costumbre, mandó a uno de los monjes. Pero el que había sido enviado, después de su exhortación, aceptó a instancias de las religiosas unos pañuelos y los escondió bajo el hábito.

2. En cuanto hubo regresado, el hombre de Dios empezó a

increparlo con la más viva amargura, diciéndole: "¿Cómo ha entrado la iniquidad en tu corazón?". El se quedó asombrado, porque olvidado de lo que había hecho, ignoraba por qué se lo reprendía. Benito le dijo: "¿Acaso no estaba yo allí presente, cuando recibiste de las siervas de Dios los pañuelos y los escondiste en tu seno?" (cf. *2 R* 5, 26). Él, echándose en seguida a sus pies, se arrepintió de haber actuado tan neciamente, y arrojó lejos de sí los pañuelos que tenía escondidos.

XX. El pensamiento de soberbia de un joven, delatado por el Espíritu[35]

Cierto día, mientras el venerable Padre tomaba su refección a la hora de la cena, uno de sus monjes, que era hijo de un magistrado, le sostenía la lámpara junto a la mesa. Mientras que el hombre de Dios comía y él cumplía el oficio de sostenerle la lámpara, inducido por el espíritu de soberbia, empezó a cavilar secretamente en su interior y a decirse en sus pensamientos: "¿Quién es éste a quien yo asisto mientras come, le sostengo la lámpara y le presto mi servicio? ¿Quién soy yo para que deba servirlo?". De inmediato el hombre de Dios se volvió hacia él y empezó a reprenderlo severamente diciéndole: "¡Haz el signo de la cruz sobre tu corazón, hermano! ¿Qué estás diciendo? ¡Haz el signo de la cruz sobre tu corazón!". Y llamando de inmediato a los hermanos, ordenó que le quitaran la lámpara de sus manos, y a él le mandó que cesara en su oficio y que sin réplica alguna fuera a sentarse inmediatamente.

2. Los hermanos le preguntaron después qué había pasado en su corazón. Él les contó detalladamente en qué medida el espíritu de soberbia se había apoderado de él, y qué palabras había proferido secretamente en su pensamiento contra el hombre de Dios. Entonces a todos se les hizo manifiesto que nada podía ocultarse al venerable Benito, en cuyos oídos resonaban aún las palabras secretas del pensamiento.

XXI. Las doscientas fanegas de harina encontradas delante del monasterio en tiempo de carestía

[35] Como Cristo conoce los pensamientos ocultos de los fariseos (cf. *Mt* 9,4) también san Benito lee el corazón del monje soberbio.

[36] Esta hambruna está datada y documentada como ocurrida en el 537-538.

En otra ocasión había sobrevenido en la región de Campania una gran carestía[36], y la falta de alimentos afligía a todos. También en el monasterio de Benito ya faltaba el trigo y se habían consumido casi todos los panes, de modo que a la hora de la comida sólo se pudieron encontrar cinco. Cuando el venerable Padre los vio afligidos, procuró corregir su pusilanimidad con suave reprensión y reanimarlos con la siguiente promesa: "¿Por qué se entristece el espíritu de ustedes por la falta de pan? Hoy ciertamente hay muy poco, pero mañana lo tendrán en abundancia".

2. En efecto, al día siguiente se encontraron delante de la puerta del monasterio doscientas fanegas de harina en unas bolsas, sin que hasta el momento presente se haya llegado a saber, a quiénes Dios omnipotente había dado la orden de regalárselas. Cuando los hermanos vieron esto dieron gracias a Dios, y aprendieron que no debían dudar de la abundancia ni siquiera en tiempo de escasez.

3. PEDRO: Dime, por favor: ¿Debemos creer que este servidor de Dios tenía siempre el espíritu de profecía, o que el espíritu de profecía llenaba su mente de tiempo en tiempo?

GREGORIO: El espíritu de profecía, Pedro, no siempre ilumina la mente de los profetas, porque así como está escrito respecto del Espíritu Santo: "Sopla donde quiere" (*Jn* 3,8), así también hay que entender que inspira cuando quiere. Es por esto que Natán, preguntado por el rey si podía construir el templo, primero asintió y después se lo prohibió (cf. *2 S* 7, 1ss). Y por eso Eliseo, al ver a la mujer que lloraba, ignorando el motivo, le dijo al criado que le impedía acercarse: "Déjala, porque su alma está llena de amargura, y el Señor me lo ocultó y no me lo ha revelado" (*2 R* 4, 27).

4. Dios omnipotente lo dispone así por designio de su gran bondad. Porque cuando a veces da el espíritu de profecía y otras veces lo retira, eleva las mentes de los profetas hacia las cumbres, al par que las mantiene en la humildad, para que así, cuando reciben el espíritu, comprendan lo que son por la gracia de Dios, y en cambio cuando no lo tienen conozcan lo que son por sí mismos.

5. PEDRO: El peso de tus razones asevera que es así como tú

dices. Pero te ruego que continúes el relato de todo lo que te venga a la memoria, respecto del venerable Padre Benito.

XXII. Los planos del monasterio de Terracina delineados en una visión

GREGORIO: En otra ocasión un hombre piadoso le pidió que enviara a una de sus posesiones cerca de la ciudad de Terracina, a algunos de sus discípulos para fundar un monasterio. Benito accedió a sus ruegos y, después de designar a los hermanos, instituyó al abad y al que debía ser su prior. Al despedirlos, les hizo esta promesa: "Vayan, y tal día llegaré yo y les indicaré el lugar donde deberán edificar el oratorio, el refectorio de los hermanos, la hospedería y todo lo que sea necesario". Recibida la bendición, los hermanos partieron de inmediato. Esperando ansiosamente el día indicado, prepararon todo lo que les pareció necesario para los que pudieran llegar con el Padre tan venerado.

2. Pero en la noche del día convenido, antes del rayar el alba, el hombre de Dios se apareció en sueños al monje a quien había constituido abad de aquel lugar y también a su prior, y les indicó con toda exactitud los diferentes sitios donde debía edificarse cada recinto. Al despertar, se contaron el uno al otro lo que habían visto. Pero no queriendo dar del todo crédito a un sueño, seguían esperando la visita prometida del hombre de Dios.

3. Como el hombre de Dios no se presentó en el día señalado, se volvieron donde él con tristeza y le dijeron: "Padre, esperamos que fueras conforme a lo prometido, para indicarnos dónde debíamos edificar, y no fuiste". Él les dijo: "¿Por qué, hermanos, por qué dicen esto? ¿Acaso no fui como lo había prometido?". Al preguntarle ellos: "¿Cuándo fuiste?", respondió: "¿Acaso no me aparecí a los dos mientras dormían y les indiqué cada uno de los lugares? Vuelvan, y construyan el monasterio como les indiqué en la visión". Ellos, al escuchar esto, quedaron sobremanera admirados, y regresando a la referida propiedad, construyeron todas las dependencias según les había sido revelado.

4. PEDRO: Quisiera que me aclares cómo pudo ser que él haya ido tan lejos a darles una respuesta mientras dormían, y que ellos en sueños lo oyeran y reconocieran.

GREGORIO: Pedro, ¿por qué indagar cómo se dieron los hechos, dudando de ellos? Resulta evidente, por cierto, que el espíritu es de una naturaleza más ágil que el cuerpo. Así sabemos con certeza, por el testimonio de la Escritura, que el profeta Habacuc fue arrebatado desde Judea y colocado al instante con su comida en Caldea. Con ella le dio de comer al profeta Daniel, encontrándose al momento de nuevo en Judea (cf. *Dn* 14, 33ss). Si, pues, Habacuc pudo ir en un momento tan lejos corporalmente y llevar la comida, ¿por qué admirarse de que el Padre Benito haya podido trasladarse en espíritu y mostrar lo necesario a los hermanos mientras dormían, y que, así como aquél fue corporalmente a llevar el alimento del cuerpo, éste fuera espiritualmente a llevarles una instrucción para la vida espiritual?

5. PEDRO: Confieso que el acierto de tu exposición hizo desaparecer las dudas de mi mente. Quisiera ahora saber, cómo se mostró este hombre en su manera habitual de hablar.

XXIII. Cómo unas siervas de Dios fueron devueltas a la comunión, después de su muerte, gracias a la ofrenda de Benito

GREGORIO: Ninguna palabra suya, Pedro, ni siquiera en sus conversaciones habituales, estaba desprovista de eficacia milagrosa, porque al tener su corazón siempre fijo en las realidades de lo alto, en modo alguno podían caer en vano las palabras de su boca. Y si alguna vez decía algo, no ya como una orden sino tan sólo como una amenaza, su palabra tenía tanta fuerza como si la hubiera pronunciado a modo de sentencia y no dubitativa o condicionalmente.

2. No lejos de su monasterio vivían en casa propia dos religiosas de noble linaje, a las que un hombre piadoso proveía de lo necesario para el sustento material. Pero como en algunos la nobleza de estirpe suele originar bajeza de espíritu –pues al recordar que han sido más que otros, están menos dispuestos a menospreciarse en este mundo– las mencionadas religiosas todavía no habían aprendido a dominar perfectamente su lengua con el freno de su hábito, y con frecuencia provocaban con palabras ofensivas la ira de ese hombre piadoso que les prestaba servicio en sus necesidades materiales.

3. Éste, después de tolerar durante mucho tiempo tal situación,

se dirigió al hombre de Dios, y le contó las muchas afrentas que tenía que escuchar. Al oír estas acusaciones contra ellas, el hombre de Dios les mandó decir en seguida: "Corrijan su lengua, porque si no se enmiendan, las excomulgaré". En rigor, él no pronunció una sentencia de excomunión sino tan sólo una amenaza.

4. Pero ellas no modificaron en nada su conducta. A los pocos días murieron y fueron sepultadas en la iglesia. Y cuando allí se celebraba la misa solemne y el diácono, según el uso, decía en voz alta: "Si alguien está excomulgado, que se retire", la nodriza de estas religiosas que solía ofrecer al Señor la oblación por ellas, las veía abandonar sus sepulcros y salir de la iglesia. Como repetidas veces observara que a la voz del diácono salían fuera sin poder permanecer dentro de la iglesia, recordó lo que el hombre de Dios les había ordenado cuando aún vivían. En efecto, había dicho que si no corregían sus costumbres y sus palabras, las privaría de la comunión.

5. Con gran tristeza se comunicó esto al servidor de Dios. Él, sin pérdida de tiempo, entregó de su mano una ofrenda, diciendo: "Vayan y hagan ofrecer al Señor por ellas esta oblación, y en adelante ya no estarán excomulgadas". Una vez que se inmoló la ofrenda por ellas, aunque el diácono dijera, según la costumbre, que los excomulgados debían salir de la iglesia, ya no se las vio abandonar el lugar. Con lo cual quedó indudablemente manifiesto que, si ellas no se retiraban más con los que estaban privados de la comunión, era porque la habían recuperado del Señor, por mediación del servidor del Señor.

6.PEDRO: Es verdaderamente admirable que un hombree, por más venerable y santo que fuera, viviendo aún en esta carne corruptible, haya podido absolver a unas almas que ya se hallaban ante el tribunal invisible.

GREGORIO: ¿Acaso, Pedro, no vivía aún en esta carne aquel que oía las palabras: "Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo" (*Mt* 16, 19)? Este poder de atar y desatar lo poseen ahora aquellos a quienes incumbe la dirección espiritual en virtud de su fe y sus costumbres. Mas para que el hombre terreno pueda tener un poder tan grande, el Creador del cielo y de la tierra vino desde el cielo. Y para que la carne pueda juzgar también a los espíritus, Dios hecho carne a causa

de los hombres se dignó concederle este poder. Así nuestra debilidad se elevó por encima de sí misma, porque la fuerza de Dios se hizo débil por debajo de sí.

7. PEDRO: La razón de tus palabras está de acuerdo con el poder de sus milagros.

XXIV. El monje joven a quien la tierra arrojó después de su entierro

GREGORIO: Un día, uno de sus monjes, muy joven, que amaba a sus padres excesivamente, se fue a casa de ellos, luego de haber salido del monasterio sin la bendición. El mismo día que llegó, murió y fue enterrado. Al día siguiente, apareció su cuerpo fuera del sepulcro. De nuevo intentaron enterrarlo; al otro día lo encontraron otra vez, como la víspera, rechazado y privado de sepultura.

2. Acudieron entonces rápidamente a los pies del Padre Benito, y le pidieron con fuertes sollozos que se dignara concederle su gracia. En seguida, el hombre de Dios les entregó la comunión del Cuerpo del Señor y les dijo: "Vayan y pongan el Cuerpo del Señor sobre su pecho y entiérrenlo". Así lo hicieron, y la tierra retuvo el cuerpo y no lo rechazó más.

Ya ves, Pedro, cuál no sería el mérito de este hombre ante el Señor Jesucristo, que hasta la tierra rechazaba el cuerpo de aquel que no tenía el favor de Benito.

PEDRO: Si, me doy cuenta y el hecho me llena de admiración.

XXV. El monje que se marchó del monasterio contra la voluntad de Benito, y que se encontró con un dragón que lo acosaba en el camino

GREGORIO: Cierto monje, que había cedido a la veleidad de su mente, no quería permanecer en el monasterio. A pesar de que el hombre de Dios lo había reprendido y exhortado con frecuencia, en modo alguno consentía en permanecer en la comunidad y le insistía con ruegos importunos que lo dejara en libertad. Un día el Padre venerable, cansado de su impertinencia, le ordenó airado que se fuera.

2. Mas apenas salió del monasterio, se encontró en el camino con un dragón que lo agredía con las fauces abiertas. Cuando el dragón

hacía ademán de devorarlo, él, temblando y agitándose, empezó a gritar con toda su fuerza: "¡Corran, corran, porque este dragón quiere devorarme!". Los hermanos que acudieron corriendo no llegaron a ver al dragón, pero llevaron de vuelta al monasterio al monje asustado y estremecido. Éste prometió en seguida que ya nunca más volvería a abandonar el monasterio. Y desde aquel instante permaneció fiel a su promesa. La verdad es que por las oraciones del hombre santo había visto al dragón que lo hostigaba, y al que antes seguía sin verlo.

XXVI. La curación de un leproso

Tampoco quiero pasar en silencio lo que supe por el ilustre varón Antonio. Me contaba que un esclavo de su padre había sido atacado de elefantiasis, a tal punto que se le caía el cabello y se le hinchaba la piel, y no podía ocultar el pus cada vez más abundante. El padre de Antonio envió al enfermo al hombre de Dios, y al instante el esclavo recuperó su salud.

XXVII. El dinero que fue restituido a un deudor gracias a un milagro

Tampoco callaré lo que solía contar su discípulo Peregrino. Cierto día un buen cristiano, apremiado por la necesidad de cancelar una deuda, pensó que le quedaba como única solución acudir al hombre de Dios y exponerle su urgente necesidad. Llegó pues al monasterio y encontró al servidor de Dios omnipotente. Le expuso las graves molestias que sufría de parte de un acreedor al que le debía doce monedas de oro. El venerable Padre le respondió que no tenía las doce monedas, pero para consolarlo en su necesidad, le dijo con amables palabras: "Vete, y vuelve dentro de dos días, ya que hoy no tengo lo que debería darte".

2. Durante estos dos días Benito se entregó a la oración, según su costumbre. Cuando al tercer día regresó el angustiado deudor, inesperadamente aparecieron sobre el arca del monasterio que estaba llena de trigo, trece monedas de oro. El hombre de Dios mandó traerlas y se las entregó al afligido solicitante, diciéndole que devolviera las doce y se guardara una para sus propios gastos.

3. Pero volvamos ahora a lo que me contaron los discípulos ya mencionados en la introducción de este libro.

Un hombre sentía mortal envidia hacia un adversario suyo, y

su odio llegó a tal punto que puso veneno en su bebida sin que aquél se diera cuenta. Aunque el veneno no llegó a quitarle la vida, le cambió el color de la piel, de modo que aparecieron en su cuerpo unas manchas como de lepra. Pero al ser llevado al hombre de Dios, de inmediato recobró la salud: en cuanto el santo lo tocó, desaparecieron todas las manchas de su piel.

XXVIII. El frasco de cristal que arrojado contra las rocas no se rompió

También por aquel tiempo en que la falta de alimentos afligía gravemente la Campania, el hombre de Dios había distribuido entre diferentes necesitados todo lo que había en su monasterio, al punto de que no quedaba casi nada en la despensa, con excepción de un poco de aceite en un frasco de cristal.

En aquel momento se presentó un subdiácono, de nombre Agapito, pidiendo insistentemente que le dieran un poco de aceite. El hombre de Dios que se había propuesto dar todo en la tierra para recuperar todo en el cielo, ordenó que se diera al solicitante ese poco de aceite que había quedado. El monje encargado de la despensa, aunque ciertamente oyó la orden, difirió su cumplimiento.

2. Cuando poco después Benito preguntó si se había entregado lo que él había dispuesto, el monje respondió que no lo había dado, pues de haberlo entregado no hubiera quedado nada para los hermanos. Entonces, airado, Benito mandó a otros hermanos que arrojaran por la ventana el frasco de cristal con el resto de aceite, para que nada quedara en el monasterio contra la obediencia. Y así se hizo.

Ahora bien, debajo de aquella ventana se abría un gran precipicio erizado de enormes rocas. El frasco naturalmente fue a dar a las rocas, pero quedó intacto como si no hubiera sido arrojado, de modo que ni el frasco se rompió ni el aceite se derramó. El hombre de Dios mandó recoger el frasco, y entero como estaba lo entregó al subdiácono. Entonces, después de haber reunido a los hermanos, reprendió delante de todos al monje desobediente por su falta de fe y su soberbia.

XXIX. La tinaja vacía y llenada con aceite

Después de hacer esta reprensión, se entregó a la oración con los hermanos. En el mismo lugar donde estaba rezando con ellos, había una tinaja de aceite, vacía y tapada. Como el hombre santo persistiera

en la oración, la tapa de la tinaja empezó a levantarse empujada por el aceite que subía. Removida y quitada la tapa, el aceite que seguía subiendo desbordó y empezó a inundar el piso del recinto donde estaban postrados. Al ver esto, el servidor de Dios Benito de inmediato puso fin a la oración, y el aceite dejó de correr por el piso.

2. Entonces volvió a amonestar al hermano desconfiado y desobediente para que aprendiera a tener fe y humildad. Y el hermano, corregido saludablemente, se avergonzó, pues el venerable Padre acababa de mostrar con milagros ese mismo poder de Dios omnipotente que antes le había insinuado al reprenderlo. Así en adelante nadie podría dudar de las promesas de quien, en un instante, en lugar de un frasco de cristal casi vacío, había devuelto una tinaja llena de aceite.

XXX. El monje que fue liberado del demonio

Un día, mientras que Benito se dirigía hacia el oratorio de san Juan, situado en lo más alto de la montaña, le salió al encuentro el antiguo enemigo disfrazado de veterinario, llevando un vaso de cuerno y un lazo. Al preguntarle: "¿Adónde vas?", él contestó: "Me voy a ver a los hermanos, para darles un brebaje". Entonces el venerable Benito se fue a rezar. Y cuando terminó su oración, volvió de inmediato.

El maligno espíritu, por su parte, encontró a un monje anciano que estaba sacando agua, y al momento entró en él y lo arrojó al suelo atormentándolo furiosamente. El hombre de Dios, que volvía de la oración, viendo que el anciano era torturado con tanta crueldad, le dio tan solo una bofetada, y al instante expulsó de él al maligno espíritu, de suerte que éste en adelante ya no se atrevió a atacarlo.

2. PEDRO: Quisiera saber si siempre obtenía estos milagros tan grandes en virtud de la oración, o si a veces los obraba también mediante la sola manifestación de su voluntad.

GREGORIO: Los que con devoción están unidos a Dios, suelen obrar milagros de las dos maneras, según lo exijan las circunstancias, de suerte que algunas veces realizan estos signos por medio de la oración y otras los hacen gracias a su poder. Puesto que Juan dice: *A todos los que lo recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios* (*Jn* 1, 12), ¿por qué admirarse de que quienes son hijos de Dios gracias a su poder, puedan hacer milagros en virtud de ese mismo poder?

3. Que se obran milagros de las dos maneras lo atestigua Pedro, quien con su oración resucitó a la difunta Tabita (cf. *Hch* 9, 40), y con su reprensión entregó a la muerte a Ananías y a Safira, por haber mentido (cf. *Hch* 5, 1-10). No leemos, en efecto, que hubiera rezado para que muriesen, sino solamente que les reprochó la falta que habían cometido. Es evidente pues que unas veces los milagros se realizan por poder y otras por la oración, puesto que Pedro a éstos les quitó la vida por una reprimenda y a aquélla se la devolvió por la oración.

Ahora te voy a contar dos hechos del fiel servidor de Dios Benito, en los que se manifiesta claramente que uno pudo hacerlo por el poder recibido de Dios y otro por la oración.

XXXI. El campesino maniatado y liberado con sólo su mirada

Un Godo de nombre Zalla que pertenecía a la herejía arriana, en tiempos del rey Totila se enardeció con máxima crueldad contra los hombres fieles de la Iglesia católica, hasta el punto de que cualquier clérigo o monje que se le pusiera delante, ya no salía con vida de sus manos[37].

Un día, abrasado por el ardor de su avaricia, ávido de rapiña, afligió con crueles tormentos a un campesino, torturándolo mediante diversos suplicios. Vencido por los sufrimientos, el campesino declaró que había confiado sus bienes al servidor de Dios Benito, para que el verdugo, al darle crédito, suspendiera entre tanto su crueldad, y así pudiera ganar algunas horas de vida.

2. Zalla entonces dejó de atormentar al campesino, pero atándole los brazos con fuertes cuerdas, lo obligó a ir delante de su caballo para que le mostrara quién era ese Benito que se había hecho cargo de sus bienes. El campesino, caminando delante con los brazos atados, lo condujo al monasterio del hombre santo, a quien encontró solo, leyendo sentado junto a la puerta. El campesino dijo a Zalla que lo seguía enfurecido: "He aquí al Padre Benito de quien te hablé". Zalla fijó en él su mirada con ánimo encendido y perversa ferocidad; y pensando que podría actuar con su terror acostumbrado, empezó a gritar desaforadamente: "¡Levántate! ¡Levántate y devuelve los bienes que de él has recibido!".

[37] Estas violencias están datadas entre 542-552.

3. Al oír estas palabras, el hombre de Dios al instante levantó sus ojos del libro, y después de mirarlo, fijó su atención también en el campesino que estaba maniatado. En cuanto dirigió su mirada hacia los brazos de éste, las cuerdas que los sujetaban comenzaron a desatarse de un modo maravilloso y con tanta rapidez, que nunca presteza humana alguna hubiera podido hacerlo con igual celeridad. Al ver que quien había venido maniatado de pronto se encontraba desatado, Zalla, aterrado ante la fuerza de un poder tan grande, cayó en tierra e inclinó su cerviz de inflexible crueldad a los pies de Benito, encomendándose a sus oraciones. No por esto el hombre santo se levantó de su lectura, sino que llamó a los hermanos y les ordenó que acompañaran a Zalla adentro para que tomara un alimento bendecido. Cuando volvió junto a Benito, éste lo amonestó diciéndole que debía cesar en los excesos de su insensata crueldad. Zalla se retiró humillado, y en adelante ya no se atrevió a exigir nada al campesino, a quien el hombre de Dios, sin tocarlo sino sólo mirándolo, había liberado de sus ataduras.

4. Aquí tienes, Pedro, lo que dije: que los que sirven a Dios omnipotente más de cerca, a veces pueden obrar milagros por poder. El que reprimió sentado la ferocidad del terrible Godo y con su mirada desató las correas y los nudos que sujetaban los brazos de un inocente, nos muestra, por la misma celeridad del milagro, que realizó lo que hizo gracias al poder recibido.

Agregaré ahora otro gran milagro que pudo obtener por su oración.

XXXII. El muerto resucitado

Cierto día en que el Padre Benito había salido con los hermanos a trabajar en el campo, llegó al monasterio preguntando por él, un campesino, transido de dolor, que llevaba en brazos a su hijo muerto. Cuando le dijeron que el Padre se encontraba en el campo con los hermanos, al instante colocó a su hijo muerto frente a la puerta del monasterio y, alterado por el dolor, se fue corriendo rápidamente en busca del Padre venerable.

2. Pero a esa misma hora, el hombre de Dios regresaba ya con los hermanos del trabajo del campo. Apenas lo divisó, el desdichado campesino empezó a gritar: “¡Devuélveme a mi hijo, devuélveme a mi

hijo!". Al oír estas palabras, el hombre de Dios se detuvo y le dijo: "¿Acaso fui yo el que te quitó a tu hijo?". A lo que aquél respondió: "Ha muerto. ¡Ven y resucítalo!". Apenas el servidor de Dios oyó esto, se entristeció profundamente y dijo: "¡Apártense, hermanos! ¡Apártense! Esto no nos incumbe a nosotros, sino a los santos apóstoles. ¿Por qué quieren imponernos una carga que no podemos soportar?" (cf. *Hch* 15, 10). Pero el campesino, abrumado por el excesivo dolor, persistió en su demanda, jurando que no se iría si no resucitaba a su hijo. De inmediato el servidor de Dios le preguntó: "¿Dónde está?" (cf. *Jn* 11, 34). A lo que él respondió: "Su cuerpo yace frente a la puerta del monasterio".

3. Cuando el hombre de Dios llegó allá junto con los hermanos, se puso de rodillas, se acostó sobre el cuerpecito del niño (cf. *2 R* 4, 34s), y luego levantándose, elevó sus manos hacia el cielo y dijo: "Señor, no mires mis pecados sino la fe de este hombre que pide que su hijo sea resucitado, y devuelve a este cuerpecito el alma que le quitaste". Apenas había terminado las palabras de la oración, cuando el alma del niño regresó a su cuerpecito, estremeciéndose éste de modo tal, que todos los presentes pudieron ver con sus propios ojos cómo palpitaba temblando por esa sacudida milagrosa. En seguida lo tomó de la mano y lo entregó vivo y sano a su padre.

4. Resulta evidente, Pedro, que no tenía el poder de obrar este milagro. Por eso imploró, postrado, la facultad de realizarlo.

PEDRO: Consta manifiestamente que todo es como dices, porque estás probando con hechos las palabras que antes propusiste. Pero te ruego que me digas si los hombres santos pueden todo lo que quieren y consiguen todo lo que desean obtener.

---

[38] Capítulos XXXIII-XXXVIII: en estos capítulos finales Gregorio presenta la Pascua de san Benito: su muerte y glorificación en paralelo con la de Cristo. Ante todo la visión de todo el mundo como contenido en un rayo de luz, en lo que es equiparado por Gregorio Palamás a la visión de san Esteban y la de san Pablo apóstol. Luego su muerte es una entrada por un camino lleno de "mantos" (*palliis*), como cuando Cristo ingresó gloriosamente en Jerusalén montado en un asno para realizar su Pascua. Por otra parte una voz del cielo lo recibe y declara a los discípulos que quedaron en este mundo: *Este es el camino por el cual el amado del Señor, Benito, subió al cielo.* La fórmula "amado

XXXIII. El milagro de su hermana Escolástica[38]

En esta vida, Pedro, ¿quién más grande que Pablo, el cual rogó tres veces al Señor que lo librara del aguijón de la carne, y que sin embargo no pudo obtener lo que deseaba? (cf. *2 Co* 12, 7ss). Por eso es necesario que te cuente cómo el venerable Padre Benito quiso en una ocasión algo que no pudo obtener.

2. Su hermana Escolástica, consagrada desde su infancia a Dios omnipotente, solía visitarlo una vez al año. El hombre de Dios por su parte descendía para verla a una propiedad del monasterio, no lejos de la portería.

Un día fue como de costumbre y su venerable hermano bajó a verla, junto con algunos discípulos. Pasaron todo el día en alabanzas de Dios y en santos coloquios, y al caer la oscuridad de la noche, tomaron juntos la refección. Cuando aún estaban sentados a la mesa, y el tiempo transcurriera en santas conversaciones, su hermana religiosa le rogó diciendo: "Te suplico que no me abandones durante esta noche, para que podamos conversar hasta mañana de las alegrías de la vida celestial". Mas él contestó: "¿Qué estás diciendo, hermana? De ninguna manera puedo permanecer fuera del monasterio.

3. Era tanta la serenidad del cielo que no se veía en él nube alguna. La santa religiosa, al oír la negativa de su hermano, entrelazan-

---

del Señor" recuerda al mismo Cristo en su bautismo y transfiguración donde es llamado "mi hijo amado" (cf. *Mt* 17,5; *Mc* 9,6; *Lc* 9,35). Por otra parte la voz que anuncia esta ascensión es la de "un hombre resplandeciente y de aspecto venerable", que hace recordar al ángel que anuncia la resurrección de Cristo a las mujeres (cf. *Mt* 28,3). Esta lectura "pascual" de la muerte de san Benito es la que hizo la tradición más antigua que la dató el 21 de Marzo. En efecto "el veintiuno de Marzo era, según el cálculo alejandrino de la fiesta pascual, que ya entonces valía para Roma, la primer fecha posible para el plenilunio de primavera y, por eso, para el día precedente a la fiesta misma de Pascua: la fiesta de Pascua no puede celebrarse antes de la noche que va del veintiuno al veintidós de Marzo" (ZELZER M., *Vir Domini Benedictus unius spiritum habuit*, en *La Narrativa Cristiana Antica*, Roma 1995, 642). Por eso es claro que la tradición, posterior a Gregorio, leyó en estos pasajes gregorianos acerca de la muerte de Benito una clara referencia a la Pascua de Cristo.

do sus dedos sobre la mesa, apoyó la cabeza en sus manos para implorar al Señor omnipotente. Cuando la levantó, estallaron con tanta vehemencia truenos y relámpagos y fue tal la inundación producida por la lluvia, que el venerable Benito y los hermanos que estaban con él, no pudieron ni siquiera traspasar el umbral de la habitación en la que se hallaban. En efecto, la santa religiosa al apoyar la cabeza en sus manos, había derramado sobre la mesa ríos de lágrimas que transformaron en lluvia la serenidad del cielo. Tan sin tardanza siguió la inundación a la oración que ambas coincidieron, de modo tal que al levantar la cabeza estalló el trueno y en el mismo momento comenzó a caer la lluvia

4. Viendo entonces el hombre de Dios que en medio de los relámpagos y truenos y de la inundación de la lluvia torrencial, no le era posible regresar al monasterio, contristado comenzó a quejarse diciendo: "Que Dios omnipotente te perdone, hermana. ¿Qué es lo que hiciste?". Ella le contestó: "Mira, te rogué a ti y no quisiste escucharme; rogué a mi Señor y Él me escuchó. Sal ahora si puedes y, dejándome, regresa al monasterio". Pero él no pudo salir de la casa, y no habiendo querido quedarse de buen grado, tuvo que permanecer allí contra su voluntad. Y así fue como pasaron toda la noche en santos coloquios sobre la vida espiritual.

5. Por eso te decía, Pedro, que Benito había deseado algo que no pudo conseguir. Porque si nos fijamos en el pensamiento del hombre venerable, no hay duda de que deseaba que se mantuviera el tiempo sereno como cuando había bajado, pero en contra de lo que él quería, por el poder de Dios omnipotente ocurrió el milagro, alcanzado por el corazón de una mujer. Y no hay que admirarse de que en esa ocasión pudiese más que él esa mujer que ardía en deseos de ver por más tiempo a su hermano. Porque según las palabras de Juan, *Dios es amor* (*1 Jn* 4, 8.16), y era muy justo que pudiera más la que más amaba.

PEDRO: Confieso que me gusta mucho lo que me dices.

XXXIV. Cómo vio salir de su cuerpo el alma de su hermana

GREGORIO: Cuando al día siguiente, la venerable mujer volvió a su casa, el hombre de Dios regresó al monasterio. Tres días después, estando él en el monasterio, elevada la mirada hacia lo alto, vio el alma de su hermana que, después de haber abandonado su cuerpo, penetraba

en forma de paloma en las profundidades misteriosas del cielo. Colmado de alegría por gloria tan grande, dio gracias a Dios omnipotente con himnos y alabanzas y anunció a los hermanos su muerte.

2. Al instante los envió para que trajeran el cuerpo al monasterio y lo depositaran en el sepulcro que se había preparado para sí. Sucedió entonces que ni siquiera el sepulcro pudo separar los cuerpos de aquellos cuyo espíritu siempre había sido uno en Dios.

XXXV. El mundo entero ante los ojos de Benito, y el alma de Germán, obispo de la ciudad de Capua

En otra ocasión, Servando, diácono y abad del monasterio que había sido construido hacía tiempo por el patricio Liberio en la región de Campania, fue a visitar a Benito según su costumbre. Como también él era un hombre lleno de la doctrina de la gracia celestial, a menudo acudía al monasterio de Benito con el fin de transmitirse mutuamente dulces palabras de vida, pues ya que no podían gozar plenamente del suave alimento de la patria celestial, al menos lo pregustaran suspirando por él.

2. Al llegar la hora del descanso, el venerable Benito subió a la parte superior de su torre, y en la parte inferior se instaló el diácono Servando. Una escalera comunicaba la parte inferior de la torre con la superior. Delante de la torre había una habitación más grande, donde descansaban los discípulos de ambos.

Mientras que los hermanos aún dormían, el hombre de Dios Benito, solícito en velar, adelantaba la hora de la oración nocturna, y de pie junto a la ventana rezaba al Señor todopoderoso. De repente, en esas altas horas de la noche, vio difundirse desde lo alto una luz que ahuyentaba las tinieblas, brillando con tal fulgor que en medio de la oscuridad de la noche su resplandor era más potente que la luz del día.

3. A esta visión siguió algo del todo maravilloso: según él mismo contó después, apareció ante sus ojos el mundo entero como concentrado en un rayo de sol. Mientras que el venerable Padre dirigía

[39] Esta muerte está documentada como ocurrida a comienzos del 541.

su mirada atenta hacia este resplandor de luz deslumbradora, vio cómo el alma de Germán, obispo de Capua, era llevada al cielo por los ángeles en una esfera de fuego (cf. *Lc* 16, 22)[39].

4. Entonces, queriendo procurarse un testigo de milagro tan extraordinario, llamó con voz fuerte al diácono Servando, repitiendo su nombre dos o tres veces. Aquel, confundido a causa del insólito grito de tan santo hombre, subió y miró, llegando a divisar solo una tenue estela de luz. Él se quedó turbado ante prodigio tan excepcional, y el hombre de Dios le contó por orden lo sucedido, dando en seguida aviso al piadoso Teoprobo, de la villa de Casino, para que enviara aquella misma noche un mensajero a la ciudad de Capua, con el fin de averiguar y notificar las últimas novedades respecto del obispo Germán. Y así se hizo. El que había sido enviado encontró ya muerto al reverendísimo obispo Germán, e indagando minuciosamente se enteró de que su muerte había acaecido en el mismo instante en que el hombre de Dios lo viera ascender a la gloria.

5. PEDRO: ¡Es un hecho en extremo estupendo y admirable! Pero eso que dijiste de que ante su mirada se presentó el mundo entero como concentrado en un solo rayo de sol, al no haberlo experimentado nunca, tampoco alcanzo a imaginármelo. ¿Cómo es posible que el mundo entero pueda ser visto por un solo hombre?

6. GREGORIO: Fíjate, Pedro, en lo que te digo: para el alma que ve al Creador, toda creatura es pequeña. Por poco que haya visto de la luz del Creador, se le hace insignificante todo lo creado, ya que por la misma luz de la visión interior se ensancha la capacidad del alma y de tal modo se dilata en Dios que se hace superior al mundo. Más aún, la propia alma del que contempla se eleva por encima de sí misma y cuando en la luz de Dios es arrebatada sobre sí, se dilata interiormente, y mientras mira desde lo alto lo que queda debajo de ella, comprende qué pequeño es lo que no podía comprender cuando estaba abajo. Por consiguiente, el hombre que veía la esfera de fuego y también a los ángeles subiendo al cielo, sin duda no pudo hacerlo sino a la luz de Dios. ¿Por qué, entonces, admirarse de que haya visto el mundo concentrado delante de sí el que, elevado por la luz del espíritu estaba fuera del mundo?

7. Al decir que el mundo quedó concentrado ante su mirada, no queremos decir que el cielo y la tierra se hubieran reducido, sino que

el alma del que contemplaba se había dilatado y, extasiada en Dios, pudo ver sin dificultad todo lo que está por debajo de Dios. A aquella luz que brillaba ante sus ojos exteriormente, correspondió una luz interior en su espíritu que, al arrebatar el alma del contemplativo hacia las realidades superiores, le mostró qué limitadas eran todas las cosas de aquí abajo.

8. PEDRO: Pienso que me resultó útil el no haber entendido lo que habías dicho, pues a causa de mi lentitud intelectual se hizo más prolija tu explicación. Pero ya que me hiciste comprender estos razonamientos con toda claridad, te ruego que vuelvas al orden de la narración.

XXXVI. La regla de monjes que escribió Benito

GREGORIO: Me agradaría, Pedro, contarte todavía muchas cosas de este venerable Padre, mas a propósito paso por alto algunas, porque debo apresurarme para relatar los hechos de otros hombres. Sin embargo, no quiero que ignores que entre tantos milagros por los que resplandeció en el mundo, el hombre de Dios también se distinguió no poco por su palabra de doctrina. Porque escribió una Regla de monjes, notable por su discreción y clara en su lenguaje. Si alguien quiere conocer con más detalles su vida y sus costumbres, podrá encontrar en la enseñanza misma de la Regla todas las acciones del Maestro, puesto que el santo en modo alguno pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió.

XXXVII. La profecía que de su muerte hizo a los hermanos

En el mismo año en que había de salir de esta vida, anunció el día de su santísima muerte a algunos discípulos que vivían con él y a otros que estaban lejos. A los que estaban presentes, les recomendó que guardaran silencio sobre lo que habían oído, y a los ausentes les indicó la señal que les sería dada cuando su alma saliese del cuerpo.

2. Seis días antes de su muerte ordenó que abrieran su sepulcro. Pronto fue atacado por una fiebre cuyo ardor violento lo postraba. Como la enfermedad se agravara día a día, al sexto día se hizo llevar por los discípulos al oratorio. Allí se fortaleció para la partida con la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor. Apoyando su cuerpo debilitado en los brazos de sus discípulos, permaneció de pie con las manos levan-

tadas hacia el cielo, y entre las palabras de la oración exhaló el último suspiro.

3. El mismo día, su muerte les fue revelada a dos de sus discípulos –uno que se hallaba en el monasterio y otro que estaba lejos– mediante una misma e idéntica visión. En efecto, vieron un camino ricamente tapizado e iluminado con el fulgor de innumerables lámparas que se extendía en dirección hacia el oriente, desde su celda directamente hasta el cielo. Desde lo alto, un hombre resplandeciente y de aspecto venerable les preguntó de quién era el camino que estaban mirando. Ellos confesaron que no lo sabían. Entonces él les dijo: "Este es el camino por el cual el amado del Señor, Benito, subió al cielo". Así del mismo modo como los discípulos presentes vieron la muerte del hombre santo, los ausentes se enteraron de ella mediante la señal que les había sido anunciada.

4. Fue sepultado en el oratorio de san Juan Bautista, que él mismo había edificado después de destruir el altar de Apolo.

XXXVIII. Una mujer demente curada por haberse detenido en la cueva de Benito

También en la cueva de Subiaco, en la que habitó primero, resplandece con milagros hasta el día de hoy, si así lo exige la fe de los que los piden.

Reciente es el hecho que voy a contar. Una mujer que había perdido el juicio y que estaba perturbada por completo, vagaba día y noche por montes y valles, selvas y campos, descansando solamente allí donde la fatiga la obligaba a hacerlo. Un día, después de haber andado errante durante un tiempo muy prolongado, llegó a la cueva del bienaventurado Padre Benito y se quedó allí, sin saber adónde había entrado. A la mañana siguiente salió tan sana de juicio, como si nunca hubiera sufrido ninguna perturbación mental. Y durante todo el resto de su vida conservó la salud así recobrada.

2. PEDRO: ¿Cómo explicar lo que con frecuencia ocurre también con el patrocinio de los mártires, que no conceden tantos beneficios por sus cuerpos cuanto por sus reliquias, y obran prodigios más grandes donde no están sepultados?

3. GREGORIO: Es indudable, Pedro, que los santos mártires pueden obrar muchos prodigios donde yacen sus cuerpos, como de hecho lo hacen, y así lo atestiguan los innumerables milagros realizados en favor de quienes los piden con un corazón puro. Pero como las almas débiles pueden dudar que los mártires estén presentes para escucharlos donde consta que no están sus cuerpos, es necesario que obren allí mayores milagros para que así el alma débil no pueda dudar de su presencia. En cuanto a los que tienen el alma fija en Dios, su fe es más meritoria porque creen que los mártires, aunque no yacen allí corporalmente, no por eso dejan de escucharlos.

4. De aquí que también la Verdad misma, para acrecentar la fe de sus discípulos, les dijo: *Si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes* (*Jn* 16, 7). Puesto que es cierto que el Espíritu Paráclito siempre procede del Padre y del Hijo, ¿por qué el Hijo dice que debe ausentarse para que venga Aquel que nunca se apartó del Hijo? Pero por cuanto los discípulos, habiendo visto al Señor en la carne, siempre tenían sed de verlo con los ojos corporales, con razón les fue dicho: *Si no me voy, el Paráclito no vendrá*, como si les hubiera sido dicho abiertamente: "Si no sustraigo mi cuerpo a las miradas de ustedes, no puedo mostrarles quién es el Espíritu de Amor, y si no dejan de verme corporalmente, nunca aprenderán a amarme espiritualmente."

5. PEDRO: Me agrada lo que dices.

GREGORIO: Ahora tenemos que interrumpir un poco esta conversación, si pretendemos narrar los milagros de otros santos. Entretanto reparemos en silencio nuestras fuerzas para después seguir hablando.

---

[40] En el Libro III, 16 y IV,7-8 se narran episodios que también corresponden a la vida de san Benito.